



LA MUJER

CASI

PERFECTA

ALBERTO HIDALGO

LA MUJER CASI PERFECTA

Alberto Hidalgo

© Alberto Hidalgo, 2024

© Dragonz EDICIONES, 2024

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 9798338760710

www.alberto-hidalgo.com

info@dragonz.es

DEDICATORIA

A la “mujer casi perfecta”:

Me engañaste. Hiciste que te amara y acabé odiándote. Provocaste en mí el caos. Fuiste mi absoluta felicidad y posterior dolor. Pero no hay rencor. Sólo indiferencia ante una persona vacía y egoísta que solo piensa en su propia satisfacción personal inmediata especialmente de la carne.

No sé si viviré cien años o moriré mañana, pero aunque no nos volvamos a ver jamás, siempre en mi corazón vivirá el recuerdo amargo de lo que pudo haber sido una bonita historia de amor. Y tú ya sabes quien eres.

Índice

1. Carta a la familia Mendoza Pez.

A la atención de la familia Mendoza Pez.

Soy el señor Ángel Sandoval Medina y me dirijo a ustedes por voluntad de don Álvaro Sánchez Hierro.

Conocí a Álvaro cuando íbamos a la escuela. Desde entonces siempre fuimos amigos. Su historia era conocida en el barrio, todos sabían la clase de hombre que era su padre y las dificultades por las que pasaron a causa de este.

A pesar de ello Álvaro siempre destacó por su integridad, cosa que cada vez más escasea entre las personas.

La historia que van a encontrar a continuación no dejan de ser episodios de una vida marcada por el esfuerzo, el sacrificio, la constancia, el amor, la pasión y el deseo de la carne.

Una historia, que en mi humilde opinión, hubiera sido del gusto de él que se diera a conocer. A pesar de todo, este manuscrito no tiene la intención de ser publicado. Más bien todo lo contrario.

Ruego a quien tenga el gusto de recibirlo que lo lea para que comprenda la importancia de Estela en la vida de este hombre y cómo ella lo cambió para siempre.

Puede guardarlo en un cajón o destruirlo, ya que dependerá de su buen criterio que este texto salga a la luz o no.

Después de tener acceso a los diarios personales de Álvaro lo he descrito a él y seguido a ella de manera fiel a lo leído y conocido con la clara intención que las historias posteriores fuesen más fáciles de comprender.

Soy consciente de que esta historia no es sencilla de asimilar para ustedes, es posible que haya partes que les sean muy difíciles de creer, pero todo lo que encontrarán, les guste o no, es la absoluta verdad de lo ocurrido acerca de dos personas, que el destino los unió para que se destruyeran.

Con total humildad quedo a disposición de ustedes. En el caso de que quieran conversar conmigo estoy dispuesto a darles las explicaciones pertinentes que sean necesarias.

Atentamente.

Ángel Sandoval Medina.

El Pardo, 22 de Noviembre del 2003.

2. ÁLVARO.

Al señor Álvaro Sánchez Hierro lo conocí cuando los dos íbamos a la escuela. De niño era muy tímido y lo siguió siendo hasta la adolescencia.

Nacido en San Sebastián, País Vasco, el 7 de Noviembre de 1961 de madre extremeña y padre aragonés fue criado hasta los seis años en Bilbao para después instalarse definitivamente en el barrio de Tetuán en Madrid.

De metro setenta y ocho, setenta y cinco kilos de puro músculo fibroso. Ojos celestes, nariz prominente y labios normales para su alargado rostro. Cabello castaño claro casi rubio. Durante los últimos años se dejó crecer el bigote.

Un hombre muy honesto, de los que te miran a los ojos, y muy tenaz.

Por otro lado muy enamorado y algo impulsivo. Romántico hasta decir basta.

Hijo único de una familia humilde con muchos problemas económicos. Su padre era ludópata y mantuvo siempre a la familia prácticamente sin nada.

A los quince años comenzó la práctica del atletismo y posteriormente el Savate francés, a lo que le dedicó muchos años alcanzando la maestría.

Se emancipó en cuanto pudo y vivió trabajando en gimnasios como monitor de pesas y de dar clases de Savate.

Eran frecuentes en la veintena, sus romances esporádicos con hermosas jovencitas y sus tórridas relaciones que muchas veces acababan mal para su desgracia.

Sufrió mucho por amor, pero con los años se fue calmando y aprendiendo cómo piensan y sienten las mujeres.

Como ya les he dicho su pasión y profesión era el Savate.

Por si ustedes lo desconocen, el Savate es un deporte de contacto. Vendría a ser algo así como un Kickboxing francés con ciertos matices, que lo convierten en único y exclusivo.

Ver a Álvaro practicar Savate era lo más parecido a ver a un bailarín de Ballet. Tenía una elasticidad asombrosa, un movimiento fluido y potente junto a una técnica impoluta. Verlo en acción resultaba ser una experiencia exquisita. Sublime.

Su cuerpo altivo y fibroso, como el de un bailarín profesional.

Alzaba la pierna muy por encima de su cabeza con giros infinitos, patadas en salto y asombrosos y complejos movimientos que a la par de ser hermosos eran también letales.

Aún y con todo jamás fue hombre violento. Todo lo contrario.

Como el Savate no era muy conocido tampoco estaba muy solicitado. Por eso a pesar de que vivía de su trabajo en gimnasios, no conseguía ganar más que para mantenerse, por lo que decidió irse a vivir al extranjero.

En 1988 viajó a Los Ángeles, USA y allí se instaló durante cinco años. En ese tiempo conoció a una coreana con nacionalidad norteamericana con la que contrajo matrimonio (1989) y tuvieron un hijo (1991).

A finales de 1993 regresó a España con su familia y se instaló en la zona de Las Tablas, Madrid.

Durante años trabajó en varios gimnasios como profesor de Savate. Con la fama de haber hecho lo propio en USA los gimnasios ahora se lo rifaban.

También trabajó como vigilante de seguridad y siguió trabajando como monitor de pesas.

Escribió un libro de autoayuda titulado: *«Las refinadas artes de lucha francesa y su aplicación a la vida cotidiana»*. En él desarrollaba una teoría en la que simplemente hablaba de cómo a través del entrenamiento físico y el Savate podías mejorar tu calidad de vida en cualquier aspecto de esta.

Su matrimonio se truncó estrepitosamente en 1998, cuando su mujer lo echó de casa y se juntó con otro hombre más rico.

Después del divorcio (ella se lo quedó todo) comenzó una relación con una italiana. Una mujer sencilla, cariñosa y buena, pero a pesar de que era feliz a su lado, por increíble que parezca, se sentía incapaz de amarla.

Quizás si se hubiera quedado con ella habría encontrado su lugar en la tierra.

Finalmente y después de que esta tuviera un aborto se separaron.

Fue entonces cuando se interesó por el teatro y estudió interpretación.

Álvaro trabajó día y noche para conseguir sus objetivos. Era muy obsesivo con aquello que deseaba, cuando se centraba con algo no había quien lo parase. Y fue así como consiguió mejorar su economía y ahorrar un dinero.

En 2001 le ofrecieron el traspase de un teatro de barrio. Como loco movió cielo y tierra para cogerlo.

Necesitaba hacer lo que su corazón le dictaba y quería. Hasta aquel entonces su manera de expresar arte era a través del Savate, pero ante tantos cambios personales algo cambió en su interior, y a pesar de que nunca dejó de practicar las artes marciales, su pasión pasó a ser la interpretación.

Decidió que aquel teatro sería su forma de vida hasta su muerte, por lo que se hipotecó hasta las cejas e invirtió hasta su último euro en poner aquel teatro a funcionar.

En aquel momento me encontraba desempleado y le ayudé en todo para que el negocio prosperara. Acabé siendo parte importante de aquel negocio y trabajando para él.

Álvaro amaba tanto aquel sitio que se instaló a vivir allí mismo.

Trabajó día y noche hasta dejarlo espectacular. Combinaba trabajo con pasión y aún así sacaba tiempo para entrenar.

A sus cuarenta años parecía estar más fuerte incluso que cuando era joven. Yo le bromeaba diciéndole que daba la impresión de que hubiera hecho un pacto con el diablo, ya que a

excepción de la vista (necesitaba gafas para leer) se conservaba en perfectas condiciones a diferencia de mí, que la alopecia, la obesidad y los años han deteriorado el aspecto lozano de mis años de juventud.

También el hecho de ser casi rubio hacía que las pocas canas que peinaba en sus cabellos parecieran casi inadvertidas.

Y es por eso junto con su carácter cercano, su honestidad y jovialidad que tenía bastante éxito con las mujeres, estas muchas veces con la mitad de los años vividos por él.

Hasta que conoció a «La mujer perfecta».

3. En casa de Karen.

Esta historia la contaba Álvaro en su diario en el mes de Marzo del 2002, previamente de haber conocido a Estela.

Su relevancia está en la pasión que siempre mostró con las mujeres a las que amó. Aunque él creyera lo contrario fueron muchas las que le hicieron sentir de la misma manera.

A continuación la historia:

La conocía desde hacía relativamente poco tiempo, aún así, nos habíamos ganado una simpatía, confianza y complicidad mutua.

No era muy alta, rondaba el metro sesenta, pero estaba bien formada.

Delgada, voluptuosa, de carácter amable y muy femenina.

Su cabello negro azabache, liso y largo hasta media espalda. Facciones alargadas, ojos oscuros, grandes y ligeramente rasgados. Boquita de piñón con unos labios bonitos y rosados. Piel blanca y suave.

Tenía una belleza exótica propia de las mujeres del norte de sur América.

Aquel día fuimos a cenar. Cuando la acompañé hasta su casa insistió en que subiera con ella.

Se acababa de cambiar de vivienda y con la excusa de enseñarme su nuevo piso me hizo subir.

Evidentemente lo hice encantado.

No utilizó la típica excusa de «¿tomamos un café?», que es tan popular que ya ha llegado un momento en el que directamente significa: «¿echamos un polvo?», pero intuí que podría querer lo mismo.

Llegamos a su piso y me lo enseñó. Este era pequeño pero confortable.

Entramos en su dormitorio y me pidió que me pusiera cómodo.

Me senté en la cama mientras ella recogía ciertas cosas que tenía por medio. Ropa, cuadernos y algunos cómics que recolocó en una estantería con los demás. Le encantaban los cómics de manga japonés.

Ella y yo teníamos muchas cosas en común a pesar de la diferencia de edad.

Diecinueve años me distanciaban de su nacimiento. Lo cual, lo único que indicaba es que yo llegué a esta tierra antes que ella, nada más.

Me gustaba mucho de ella su madurez e inteligencia. También era bella hasta rabiarse.

Estar con ella hacía sentirme bien. No solo era bonita, también tenía un encanto maravilloso. Era un ser de luz. Alguien a quien valía la pena tener cerca.

Sentado en su cama la veía andar de un lado para otro. De acá para allá. En un momento dado me puse en pie, la agarré por los brazos y la detuve. Sorprendida me miró.

Estábamos frente a frente a escasos centímetros.

- ¿Qué quieres? - dijo ella con aires de indiferencia.

Aquello estuvo a punto de echarme para atrás. Pero no me di opción a vacilar. Sin pensarlo dos veces la besé.

Por un momento pensé que podría enfadarse, que quizás me abofetearía. Pero nada más lejos de la verdad. Después de mi beso fue ella quien me besó a mí.

Nos abrazamos de pie, ante su cama. Ella de puntillas y yo ligeramente inclinado hacia adelante. Nuestras lenguas se acariciaban mientras sentía como iba subiendo la temperatura de aquella habitación.

Mis manos no se detuvieron. Acariciaron sus pechos y se deslizaron hasta su espalda donde soltaron su sujetador como por arte de magia.

Ella tampoco se detuvo. Desabrochó mi pantalón casi sin que me diera cuenta, metió sus manos dentro y agarró el miembro erguido que la esperaba con impaciencia.

Se arrodilló sin previo aviso me bajó los pantalones y los calzoncillos, y al tiempo que me miraba desde abajo con timidez se introdujo mi pene en su boca y lo comenzó a lamer y chupar como si llevara toda la vida haciéndolo.

Su boca me produjo un gran placer. Lo lamió durante diez minutos por lo menos. Llegado a un momento no podía aguantar más. Le quité el juguete de la boca, la cogí con delicadeza y la tumbé en la cama. De un tirón le quité el pantalón, las bragas y hasta los calcetines.

Me moría de ganas por verla desnuda y poseerla.

Sus piernas lampiñas, blancas, largas y estilizadas se unían en un pubis depilado como el de una niña pequeña. Aunque ella de niña no tenía nada.

Apresuradamente me deshice de mi ropa. Ella sin dudarlo se desnudó también.

Tenía unos bonitos pechos, erguidos y bien formados encumbrados por unos preciosos pezones rosados. Su cintura era estrecha y fina. Tenía buenas caderas y un culito, del que ella se quejaba al encontrarlo pequeño, pero del que os puedo asegurar no le quitaría ni añadiría nada.

Era hermosa como ella sola. Una obra de arte en movimiento, arte efímero, dulce y bello.

Me observaba desnudo al igual que yo a ella.

Comenzó a acariciarse el clítoris y me pidió que fuera, que estaba muy mojada, que me necesitaba con urgencia a su lado.

Su acento dulce y sus hermosas y femeninas maneras me encantaban.

Salté sobre ella en la cama.

Su suave piel, su tierna carne, su olor a hembra me embriagaban. La besé en los labios, besé su cuello, a mordisquitos descendí por él hasta llegar a su pecho y me metí un pezón en la boca. Le comí un pecho mientras acariciaba el otro. Ella me abrazaba con las piernas y acariciaba mi cabello con las manos. Se dejaba amar.

Disfrutaba de lo que hacía. Seguí descendiendo, lamiendo y besando su sedosa piel hasta llegar a la ingle. Ahí me detuve. El aroma de su entrepierna era dulce, con cuerpo pero que invitaba a comerlo.

Besé y acaricié ambas ingles, exhalando ante su vagina, viendo como esta lubricaba y como ansiosa ella esperaba el momento en el que decidiera comérmela.

Finalmente comencé a lamerle el clítoris.

Lo lamía, lo succionaba, lo comía. Notaba como todo su cuerpo se estremecía de placer. En un momento dado comencé a jugar con los dedos y a introducirle uno dentro de la vagina al tiempo que seguía lamiendo. En pocos minutos la hice alcanzar su primer orgasmo. Este fue muy intenso. Gritaba como loca y se retorció de placer. Al finalizar parecía agotada, como si hubiera hecho un *sprint*.

Lentamente fui ascendiendo por su cuerpo. Al llegar a su rostro, como si estuviera desesperada me besó con ansiedad. Acto seguido me susurró al oído que se la metiera y así lo hice.

Le introduje el pene en la vagina y comencé a copular con ella. primero con suavidad, y gradualmente, fui dándole con más ímpetu.

En un momento dado cambiamos y se puso a cuatro patas. La agarré del pelo y la penetré con fuerza.

Comenzó a sentir un gran placer. Estaba empapada mientras yo luchaba por no llegar al orgasmo.

Conseguí hacer que se corriera entre gritos.

Parecía que la estuvieran matando. Su dulce voz entre gritos me excitaba todavía más.

Estaba tan mojada que parecía que se hubiera meado.

Cambiamos la postura, ella se colocó sobre mí y seguimos durante más de media hora.

Al principio con calma, suave, llegados un momento cabalgaba sobre mí con gran fuerza y ansiedad. Sus pechos botaban que daba gusto. Tiraba de ella, la abrazaba y me llevaba sus tetas a la boca. Lamía sus preciosos pechos. Me encantaba el sabor de su piel.

Era maravilloso verla teniendo sexo conmigo.

Estaba a punto de alcanzar de nuevo el clímax cuando de un gesto le di la vuelta y me puse encima suyo.

Le dije que en esta ocasión terminaríamos juntos. Así que comencé a embestirla con fuerza y energía. Gritaba como una loca. Mis músculos se contraían, estaba cerca y podía notar que ella también. Contrajo los músculos vaginales abrazando mi pene desde dentro, como si lo sujetara con la mano. Continué embistiéndola con fuerza.

Daba la impresión de que la cama se nos iba a caer a pedazos.

Estaba al borde del orgasmo. Ella comenzó a dar sacudidas y de repente yo también terminé.

Eyaculé en su interior como si la vida me fuera en ello.

Fue uno de los mejores orgasmos que he tenido. Conseguimos llegar a la vez.

Fue intenso y muy placentero. En cierto modo fue como si por un segundo el alma se saliera de mi cuerpo y luego volviera a entrar.

Abrazados, desnudos, reímos empapados en sudor. La besé en los labios y me tumbé junto a ella.

Estaba agotado y feliz.

Fue maravilloso. Nuestra primera relación sexual.

Aquella noche me hubiera gustado quedarme con ella pero tenía compromisos a primera hora de la mañana por lo que al cabo de unas horas me di una ducha, me vestí y muy a mi pesar me marché de allí.

Nuestra relación daba un paso a su siguiente nivel.

Me sentía feliz y satisfecho. Ella estaba encantada conmigo.

La besé en los labios antes de marchar y pude ver en sus ojos que me adoraba.

La felicidad muchas veces está en eso, en dar amor, recibir amor y ver en los ojos de la persona amada el deseo de encontrarse contigo una y otra vez.

Realmente por una mujer así de noble, honesta y comprometida valdría la pena dar hasta la vida.

Por una mujer así un hombre es capaz de cualquier cosa.

Estas son las cosas que hacen que la vida valga la pena.

Desgraciadamente para Álvaro no duraron más de un mes.

4. Tatuajes.

Álvaro escribió en su diario el 11 de Abril del 2002 la siguiente vivencia:

Esto me ocurrió recientemente. La conocía desde hacía escasos días pero habíamos congeniado muy bien. Ella me parecía una chica maravillosa, y hasta que se demuestre lo contrario lo será.

Metro sesenta y uno de estatura, castaña con el cabello teñido, unos bonitos y grandes ojos de un marrón verdoso muy vivo. Ojos tremendamente expresivos. Nariz aguileña y unos bonitos y carnosos labios.

Facciones alargadas propias de una mujer caucásica que contaba con poco más de un cuarto de siglo sobre la faz de la tierra.

Su piel era blanca y fina, agradable al tacto.

Llevaba dos pendientes en la nariz. En cada oreja tenía agujeros para dos más y un último en el ombligo.

Aquel día habíamos quedado a media mañana y fue entonces cuando pasé a recogerla por su casa

y de allí nos fuimos a un gimnasio.

El día fue redondo. Entrenamos Savate por la mañana y después nos fuimos a comer a un centro comercial.

A mediodía tomamos un café y charlando de nuestras cosas llegó la tarde.

Rondarían las seis cuando decidimos ir a un hotel.

Ella estaba cansada. Llevábamos todo el día de un lado para otro y el cansancio se hacía notar, así que al verla reposar su cabeza sobre los brazos en la mesa de la cafetería le propuse ir a un hotel.

Me sentía raro con mi proposición, las palabras salieron de mi boca sin pensar. Supongo que la deseaba lo suficiente como para plantearme ir a un hotel con ella.

Desde luego que la deseaba. Era una mujer atractiva y bonita, con una sonrisa agradable. Su compañía era grata y lo pasábamos bien juntos.

En días anteriores había percibido por su parte el sutil flirteo propio de una mujer interesada en mí que trata de disimular.

Por el contrario, desde el primer momento yo le dije que me gustaba. La sinceridad ante todo.

El día anterior me dijo que había tenido un sueño sexual conmigo y durante todo el día pude notar su interés por mí. El interés era mutuo.

Así que nos acabamos el café y cogimos el coche hasta un hotel que se encontraba a seis minutos del centro comercial.

Antes de salir hacia el hotel yo le dije que no tenía por qué pasar nada, que sólo ocurriría lo que ella quisiera y que fuera como fuese lo pasaríamos bien.

A pesar de que era más que obvio de lo que iba a pasar, los dos nos sentimos más cómodos de este modo.

Llegamos al hotel, nos registramos en recepción y cogí la llave.

Una vez en la habitación nos sentamos en la cama uno al lado del otro y nos pusimos a conversar.

Hablamos de muchas cosas. Me contó el número de tatuajes que tenía en el cuerpo y dónde estaban.

Tenía tatuajes en las extremidades y alguno también en el tronco y en el cuello.

Su preciosa piel se iba descubriendo ante mis ojos, como un delicado lienzo escrito por la mano del hombre en forma de pinturas que reflejaban su delicadeza y sensibilidad.

Se tumbó sobre la cama boca abajo y me pidió que le diera un masaje.

Sentía su nerviosismo. Estaba ansiosa, lo deseaba, me deseaba.

Puse mis manos sobre su cuerpo y comencé a masajearla.

Hacía calor en la habitación. Era primavera pero teníamos puesta la calefacción al máximo. Mientras la masajeaba conversábamos agradablemente.

Entonces se quitó la camiseta. A los pocos minutos me pidió que le quitara los pantalones.

Se los quité y también los calcetines.

Yo también me fui desvistiendo.

Nuestros cuerpos se iban mostrando en su totalidad.

Ella en tanga y sujetador, y yo todavía con los pantalones puestos.

El masaje se fue volviendo cada vez más erótico. Llegado a un punto le quité el tanga, abrí sus piernas y acariciando cada centímetro de su piel me acerqué hasta su vagina y comencé a lamerla con cariño y suavidad.

Ella comenzó a gemir. De repente ya le sobraba todo y se quitó el sujetador.

Desde atrás, a los pies de la cama yo también me desprendí de las últimas piezas de ropa que llevaba puestas.

Mi miembro viril quedaba al descubierto como una torre orgullosamente erguida mirando al cielo.

Un obelisco de carne y sangre de color púrpura deseoso de entrar en acción.

Me acerqué a ella y suavemente descansé mi musculado cuerpo sobre el suyo.

A ella le entró la risa. Lo deseaba pero sentía el nerviosismo de la primera vez entre nosotros. Yo la tranquilicé. Tumbado junto a ella, abrazándola, la miré a los ojos y le hablé desde el corazón.

Nos besamos. Se sintió mucho mejor y se tumbó boca arriba.

Fue entonces cuando besé sus labios, su cuello y su torso.

Lamí y acaricié sus hermosos pechos. Unos pechos que parecían desafiar las leyes de la gravedad.

Tenía un precioso pecho levantado, erguido, como a muchas mujeres les gustaría tener.

Seguí mi camino y lamí su vientre y después devoré su sexo.

Primero desde el cariño, suavemente, haciéndola sentir bien. Después desde la lujuria hasta que tuvo su primer orgasmo.

Fue entonces cuando me incorporé y la penetré.

De igual modo comencé desde el cariño, haciéndola sentirse bien. Poco a poco fui incrementando la fuerza y la velocidad hasta hacerla estremecer.

La cama crujía y rebotaba contra la pared al ritmo de mis embistes.

Lo hicimos en diferentes posturas. Ella gemía como una loca. Yo la besaba y la lamía al tiempo que la penetraba con pasión.

En un momento dado me tumbé boca arriba y me practicó una felación deliciosa.

Quería que me corriera. Ella ya había tenido más de cuatro orgasmos y yo todavía no había terminado.

Tiré de sus brazos y la traje hasta mí.

La besé y la volví a penetrar.

Lo hicimos con fuerza y pasión.

Como me estaba costando terminar se puso a cuatro patas y de este modo le di duro desde atrás.

En un momento dado me pidió parar. Paramos y vimos que tenía la vulva inflamada. Quizás le había dado con demasiada energía, así que nos detuvimos y descansamos un rato. Las piernas de ella temblaban como flanes.

Me dijo que si sus piernas temblaban así es porque había sido un buen polvo.

Confesó llevar tiempo sin hacerlo y también debido a la falta de ejercicio, como resultado la dejé fuera de combate.

Con cariño y ternura conversamos un buen rato mientras la acariciaba y la besaba.

Después nos dimos una ducha juntos, nos besamos y abrazamos desde el cariño y el afecto.

Sus ojos se clavaban en los míos. Una mirada dulce y tierna de admiración y encanto. Una mirada que yo le devolví con mucho gusto.

Después de nuestra sesión de cama y ducha nos vestimos y fuimos a cenar algo.

Al terminar la acompañé hasta su casa y nos despedimos.

Volveríamos a vernos. Volveríamos a pasar tiempo juntos.

Volvería a disfrutar de su compañía.

Con dulzura y equilibrio, al despedirme de ella aquel día, nos dijimos de corazón aquella frase de CASABLANCA: Este puede ser el comienzo de una bonita “relación”.

Su amistad duró pero su romance no.

5. Un día agradable.

En Mayo del 2002 Álvaro escribía esta historia acerca su reencuentro con un antiguo amor. Una mujer con la que desde mi humilde opinión podría haber sido feliz.

Hacía mucho que no la veía. Nuestra relación ya forma parte casi de otra vida.

Casualidades del destino la trajeron a no muy lejos de donde yo vivo.

Me escribió y yo la contesté. Al día siguiente ella vino a mi barrio y la fui a buscar.

Era una mañana fría de primavera. Recientemente había nevado y las cumbres de las montañas se mostraban blancas. Pero hacía un bonito sol y el cielo estaba despejado. Anduve entre los olivos que habían junto a la zona de aparcamiento donde habíamos quedado.

Y ahí estaba ella, preciosa como siempre, con su cabello castaño recogido en coleta, vestida impecablemente y la sonrisa que en su momento me había hecho vibrar de alegría y de amor.

El tiempo había marcado surcos en su rostro, levemente, pero ya había dejado su marca como si tratara de decir sin palabras que ya no era esa veinteañera que en su día conocí y amé.

Nos saludamos con dos besos y un abrazo como pocos. Su perfume era distinto al que usaba en tiempo atrás.

La miré a los ojos y ella me devolvió la mirada.

En ellos encontré a la misma de siempre. Por un momento me sentí de nuevo en aquel instante lejano en el que ella era lo más importante para mí.

Caminamos mientras conversábamos hasta una bonita cafetería. Allí tomamos un tentempié y entre risas y recuerdos pasaron más de dos horas.

Nos sentíamos muy a gusto juntos. Éramos felices, como en su día fuimos.

Le dije de ir a comer a un buen restaurante de la zona. Pero ella no quería.

Me agarró de la mano, me miró a los ojos y me dijo que quería ver dónde vivía. Quería revivir por un momento aquello que tuvimos y no supimos conservar.

Pagué la cuenta y cogidos de la mano, como antaño, caminamos por la calle y subimos a mi casa.

Una vez dentro le enseñé el piso. Dejó su chaquetón, guantes, gorro y bolso sobre el sofá.

Le ofrecí algo de beber. Me pidió vino.

Por suerte tenía una vieja botella de Merlot francés.

Brindamos por nosotros y bebimos.

Ella me había contado que en aquel momento no estaba soltera, pensaba casarse con su novio y tener hijos. A sus más de cuarenta años temía quedarse sin descendencia si seguía esperando. A pesar de eso, se sentía incapaz de amar a aquel hombre con el que iba a contraer matrimonio. Simplemente era la mejor opción para formar una familia. Sentía gran afecto por él y al parecer es una buena persona, pero no la hacía vibrar de placer.

Ese al parecer era uno de los motivos por los que se encontraba ahí conmigo.

Guardaba gratos recuerdos de nuestra intimidad cuando estuvimos juntos. Quería revivirlo una última vez antes de casarse.

Por un momento estuve a punto de decirle que no me interesaba su propuesta. Pero en realidad yo también la deseaba y deseaba volver a poseerla como en su día hice.

Brindamos y bebimos alegremente. Pusimos música y bailamos abrazados con las copas de vino en la mano.

Poco a poco nuestras manos comenzaron un reconocimiento del terreno. El uno del otro. Cuando quisimos darnos cuenta nos estábamos besando.

Dejamos las copas de vino y suavemente nos sumergimos en una espiral de besos y de caricias.

Caminamos hasta el dormitorio y ahí nos desnudamos el uno al otro.

Su figura ya no era la de aquella veinteañera prieta. Aún así seguía siendo delgada y atractiva.

Su piel de un bronceado natural, sus pechos firmes y bien puestos, aunque mucho más decaídos que en tiempos pasados, su cintura estrecha, sus caderas bien formadas, su culito redondo y su pubis rasurado.

En la ingle izquierda un pequeño tatuaje de un hada madrina señalando a los genitales con una varita mágica y escrito en inglés justo debajo: «camino al paraíso».

Le pedí que se tumbara en la cama. Se colocó boca arriba, con la cabeza colgando fuera. Me acerqué y se metió mi miembro en la boca y comenzó a chuparlo como si fuera un helado. Aquello me produjo un gran placer.

Me incliné y lamí su sexo, que empapado, esperaba mi llegada. Disfrutamos el uno del otro hasta que de repente se sacó mi pene de su boca y contrayendo el vientre tuvo un orgasmo monumental.

De sus genitales brotaba agua en abundancia. Me puso empapado. Fue un placer.

Me lavé la cara y volvimos a la carga.

La penetré con dulzura y delicadeza. Copulamos.

Primero despacio y progresivamente fuimos a más.

Poco a poco fui recordando momentos de pasión con ella.

Le lamía los pechos, se los comía, mientras la penetraba cada vez con más intensidad.

Ella lo hacía muy bien. Se nos daba muy bien a los dos. Juntos.

Adoptamos varias posturas a lo largo de más de una hora de coito.

Ella, después de tres orgasmos empezaba a estar cansada.

Sentados frente a frente, sentada ella sobre mí, apoyando los brazos en la cama mientras la agarraba del trasero comencé a penetrarla lo más duro que pude.

Sus pechos botaban al ritmo de mis embestidas.

Gemía. Sudábamos. Nos besábamos. Seguíamos.

Ella sabía que en esa posición duraría poco. Aún así fui capaz de aguantar el tirón un cuarto de hora más. Estábamos los dos exhaustos cuando finalmente conseguí llegar al orgasmo.

Un orgasmo como pocos en el que sentí mi alma salirse del cuerpo. Era como si me desprendiera de algo vital, como si en el esperma que salía disparado de mi cuerpo saliera con él parte de mi esencia. En cierto modo así era.

Eyaculé dentro de ella sin protección alguna ya que ella me había asegurado llevar un control anticonceptivo que le permitía hacerlo sin necesidad de gomas.

De todos modos, me dijo, que en el caso de que se quedara embarazada de mí, tampoco me lo tendría en cuenta y le diría al hombre con el que pensaba casarse que el niño era suyo.

Aquello definitivamente me tranquilizó hasta el punto de no importarme haber eyaculado dentro de su cuerpo.

Lo cual me llevó a tener una de las experiencias sexuales más satisfactorias de mi vida.

Después de aquello nos tumbamos en la cama abrazados. Satisfechos. Felices.

Dijo que jamás me olvidaría. Que siempre estaría en su corazón.

En mi mente brotaban las mismas palabras que con una mirada le transmití.

Ella sonrió y abrazados nos dormimos un rato.

Después nos dimos una ducha bien caliente, nos vestimos y salimos a comer algo por ahí.

Invitó ella. Dijo que después de lo que le había dado le dolía hasta el andar, pero que había valido la pena, por lo tanto pagaba ella. Me pareció un buen argumento y no insistí.

Después la acompañé al coche cogidos de la mano.

Delante del vehículo que la había traído hasta mí nos dimos un último beso. Esta vez sí, último de verdad.

Seguiríamos siendo amigos para siempre, pero nuestra pasión moría ahí, en ese último beso carnal. Beso tan intenso que incluso tuve una erección ahí mismo.

Ella se dio cuenta y me miró la entrepierna con una sonrisa. Dijo que en otras condiciones sin pensárselo ahí mismo me hubiera aliviado.

Siempre guardaré gran cariño por ella. Siempre se lo tuve, incluso con el paso de los años, siempre, ella y yo habíamos mantenido una conexión especial a pesar de haber roto.

Se montó en su coche y se alejó de mí para siempre.

Feliz la vi irse hacia su destino. Nos volveríamos a ver como amigos. Pero esa última vez quedaba en nuestros corazones.

6. ESTELA.

Sobre Estela estoy seguro que, como su familia, pensarán que lo saben todo de ella. Les invito a leer esta descripción suya a través de lo que ella misma le contó a Álvaro y este anotó detalladamente en su diario personal.

Muchas veces gente muy cercana a nosotros nos sorprende con actitudes o acciones, para bien o para mal, que jamás hubiéramos imaginado por su parte.

Como desconozco quien va a leer el siguiente texto voy a describirla de tal manera que si alguien no la conoce pueda saber bastante de ella a rasgos generales.

Estela Mendoza Pez, nacida en Buitrago del Lozoya, Madrid el día 7 de Junio de 1970.

Metro sesenta y cinco de estatura, sesenta kilos. Mujer de ojos grandes y almendrados, nariz pequeña y labios carnosos. Facciones alargadas.

Cabello castaño claro casi rubio. Larga melena de cabello liso y fino.

Como característica física a resaltar tenía un pequeño lunar en la nalga derecha en forma de mujer sentada en una mecedora. Aquello era una marca de nacimiento.

Una mujer criada por unos padres permisivos (disculpen la expresión si les molesta, pero es así como lo veo) que la consintieron hasta la saciedad.

La *peque* de dos hermanos, teniendo un hermano mayor el cual, hasta donde yo sé, era un ex alcohólico y ex drogadicto que solía vestir de cualquier manera, no se duchaba y andaba siempre con degenerados.

Criada entre algodones en Alcobendas, Madrid, donde la familia se instaló cuando ella iba a la guardería.

Ya en el colegio resultaba ser la típica que parece una mosquita muerta pero que las mata

callando.

Desde siempre fue una chivata y una mentirosa, cosa que sus padres trataron de corregir sin éxito.

En la pubertad descubrió el placer del sexo acariciándose y desde entonces aquello se convirtió en una obsesión para ella.

A causa de su debilidad mental, su ansiedad, su baja autoestima y su búsqueda constante de reconocimiento y del placer inmediato, para relajarse recurría constantemente a la masturbación, práctica que llevó a cabo, en ocasiones durante todo el día, y que la hacía sentirse algo mejor momentáneamente.

Desde los dieciséis años fue al psicólogo pero aquello nunca le sirvió de mucho.

A los dieciocho años perdió la virginidad en una playa, al aire libre y allí se abrió para ella la caja de «pandora», ya que a partir de entonces cada vez le costaría más saciar sus perversiones y deseos sexuales.

Hasta aquel momento simplemente se daba placer tantas veces como podía. Después de su primera vez le costaría más saciarse.

Estaba completamente obsesionada con el sexo.

Pensaba en ello siempre.

Aquello no era un problema físico, ya que alcanzaba con cierta facilidad el orgasmo, era simplemente que aunque su cuerpo estuviera satisfecho, su mente quería más. Por eso en más de una ocasión tuvo irritaciones e infecciones en la zona genital.

En la universidad estudió periodismo. No era buena estudiante pero consiguió graduarse y superar las asignaturas a través de los años acostándose con los profesores o chantajeándolos.

Nada hacía sospechar que aquella niña, en apariencia dulce y buena fuera capaz de hacer lo que hacía.

Y es que hacía lo mismo con los compañeros del campus.

En aquel entonces se ganó el apodo de «la bici del pueblo» y también el de «víbora».

En apariencia resultaba ser una chica inteligente, clásica y mona, ingenua, detallista, encantadora y cercana. Cariñosa y tierna. Pero nada más lejos de la verdad ya que era una manipuladora y controladora compulsiva, caprichosa y consentida, ninfómana y perversa, cobarde y dictatorial que atacaba siempre por la espalda y hablaba mal de todo el mundo.

También tenía un ego enorme llegando a afirmar ser la mejor en materias que prácticamente desconocía despreciando el trabajo de terceros y poniéndose medallas que no le pertenecían.

Aquella forma de ser, como pueden imaginar y como creo conocerán y de sobra, le trajo muchos problemas y a la vez la fue erosionando psicológicamente.

A cada novio que tuvo lo hizo profundamente infeliz dejando a los pobres chicos incluso

con trastornos mentales a causa de sus continuos altibajos de todo tipo y su inmadurez emocional.

Como es lógico ella se victimizaba y los acusaba de haberla hecho mal.

Para quienes no la conocían en profundidad resultaba ser una mujer maravillosa víctima constante de malas personas. Lo que aquella gente no sabía es que tenía dos caras bien pronunciadas: la de su dulce apariencia y la verdadera.

Salida de la universidad tuvo varios trabajos que le duraron poco por lo problemática que era.

En 1992 montó su propia empresa con el que, por aquel entonces, era su novio y abandonó el proyecto y al chico al cabo de un año arruinándolo todo y provocando enormes pérdidas que tuvo que cubrir su ex pareja. Se quedó todo lo que pudo y cobró de la empresa dejando tras su marcha ruina y deudas.

Fue entonces, después de ponerle los cuernos a otro novio que decide iniciarse en la práctica de las artes marciales y se introduce en el mundo del Taekwondo.

Al ser poco habilidosa con las piernas y poco constante en los entrenamientos no consiguió avanzar demasiado. Como era propio de ella se acabó acostando con casi todos los chicos del gimnasio y tuvieron que echarla porque aquello ocasionó peleas y mal ambiente.

Al tiempo en otro gimnasio se introdujo en Kickboxing y pasó lo mismo.

Estando sin pareja se acostaba con varios chicos al día, bebía, fumaba y se drogaba. Llegó incluso a plantearse trabajar en la prostitución.

Finalmente encontró a un argentino que le dio estabilidad en su loca y desastrosa vida.

Aquel era un buen hombre. De Buenos Aires. Un hombre tranquilo con buena posición. Se fueron a vivir juntos y se compraron un loro de mascota. Quizás aquella hubiera sido una buena oportunidad de tener una vida estable y feliz. Pero su mente calenturienta y perturbada no le daba tregua y también a causa de las malas influencias de sus amigas, por las que se dejaba guiar y manipular (siempre fue muy manipulable por ciertas personas de su confianza que no siempre tenían buenas intenciones hacia ella), dejó a aquel hombre para poder acostarse con todo aquel que la invitara a una cerveza.

Así de barato se vendía.

Y fue así como llegó a sentirse de lo más utilizada. Como un váter público. Se victimizaba por ello, pero era justo lo que ella buscaba, lo que ocurre es que al encontrarlo y disfrutarlo, a pesar de que le encantaba, se dio cuenta de que la degradaba socialmente y para ella las apariencias eran lo primero.

Así que después de un año regresó con aquel argentino, que al parecer la quería mucho, fingiendo que no había pasado nada.

Pero igualmente no sabía cómo podía dar rienda suelta a sus instintos más primarios con cualquiera y a la vez mantener la relación con aquel hombre.

Fue entonces cuando ella le propuso hacer tríos con hombres o mujeres, orgías, o tener pareja abierta entre otras muchas cosas.

Él decepcionado se fue cerrando en banda con respecto al sexo. Sentía que ella realmente no le amaba y sólo estaba con él por el interés.

Entonces ella entendió que quizás con la excusa de ser «artista» podría acostarse con otros y a la vez mantener su relación, su estabilidad y, en apariencia, su respetable forma de vivir de una manera tradicional.

Aquello no era más que una forma de engañarse a sí misma.

Coqueteó con la idea de hacer cine porno. Aquello la llevó a tener malas experiencias con gente que se aprovechó de ella. Fue entonces cuando decidió estabilizarse un poco. Por lo menos intentarlo.

De este modo decidió ser actriz.

En su soberbia pensó que no necesitaba estudiar interpretación, ya que consideraba que era lo suficientemente buena ya de forma natural y comenzó a buscar trabajo en obras de teatro. Evidentemente la cosa no era tan simple como ella imaginaba y a pesar de que se acostó con varios directores de casting y agentes de actores, lo cierto es que no consiguió el resultado esperado.

Rabiosa y frustrada pensó en que la solución estaría en dejar a su novio argentino y buscar pareja en el mundo artístico, ya que imaginó que con un novio productor o artista lo tendría mucho más fácil.

Sin saberlo estaba a punto de conocer a Álvaro.

7. Álvaro y Estela.

En el diario de Álvaro no hay un claro episodio que explique exactamente qué día se conocieron en persona Estela y él. Pero en base a lo descrito por sus palabras, lo leído en el diario, mi propio testimonio (ya que también la conozco en persona) y ciertos documentos en los que ella ya aparece como empleada del teatro de mi amigo puedo sacar sin demasiado error la siguiente teoría respecto a sus primeros encuentros. Este es un posible resumen de su enamoramiento:

Estela llegó hasta Álvaro a través de un conocido, un hombre con el que ella había mantenido sexo y este, ya fuera por iniciativa propia o por chantaje, la había puesto en conocimiento del teatro de Álvaro.

Eso ocurrió en el mes de mayo del año pasado (2002).

Ella se presentó allí con su mejor sonrisa, su aspecto de mosquita muerta y sus aparentes buenas intenciones.

Seguro estoy que mantuvo alguna charla validándose, tratando de parecer muy profesional e incluso, con delicadeza y astucia tratando de quedar por encima de él a pesar de tener menos conocimiento y experiencia (me lo puedo imaginar porque es lo que hace siempre).

Conociendo a Álvaro y sabiendo un poco el tipo de mujeres que le gustan, no me extraña imaginar que, aunque de primeras no se enamorase, si es bien seguro que le entró por los ojos y la contrató por cómo le hacía sentir.

Estamos hablando, como bien saben ustedes aunque les cueste reconocer, de una mujer experta en manipular hombres y que sabe jugar con sus encantos para extraer aquello que desea y poder aprovecharse de su víctima.

Y soy consciente de que ella intentó redimirse, pero como bien se suele decir: «la cabra siempre tira al monte».

Lo cierto es que se conocieron y comenzaron a colaborar.

Ella empezó a acudir al teatro. Primero de forma esporádica y poco a poco cada vez más hasta hacerlo su segunda casa.

Para los que trabajábamos allí pasó de ser una agradable visita a un problema diario.

En aquellos días el teatro estaba recién reformado y Álvaro preparaba el estreno de nuestra primera obra, una comedia de enredo, adaptación de una obra que Jean Paul Belmondo llevó a la gran pantalla en 1984 titulada en España: «*Simpático y caradura*».

Estela consiguió que Álvaro le diera la oportunidad de ser actriz en la obra con un pequeño papel de cierta relevancia.

Ella le estaba tremendamente agradecida. Parecía flotar en el aire. Pero enseguida aquel personaje resultaría poco para su ego y quiso más.

Quería un mejor personaje a pesar de que no daba la talla como actriz. Quería también involucrarse en todo lo relacionado al trabajo en la obra, desde el guión, el vestuario, atrezzo, arte, contrato de los actores e incluso en el tema económico.

Al principio Álvaro solía darle largas pero supo ganárselo seduciéndolo y dándole mucha y muy buena cama. Porque el arte de Estela, su verdadero arte, su verdadera esencia es un arte en horizontal.

Fue así como Álvaro acabó dándole uno de los personajes principales de la obra. Para ello se tuvo que pelear con varios de sus colaboradores (yo incluido) y con todas las actrices, ya que Estela, que no quería que ninguna le hiciera sombra, las detestaba a todas.

Le ocasionó más problemas que ayuda pero él no lo veía porque para ese entonces ya estaba muy enamorado.

Recuerdo que cuando estaban juntos se les veía felices.

Puedo decir sin lugar a dudas que la relación entre Álvaro y Estela fue de las que, a simple vista, resultaban idílicas.

Se compenetraban de una manera espectacular, daba la impresión de que se leían el pensamiento. Recuerdo haberles visto charlando entre bambalinas, riendo con tanto amor y felicidad en sus ojos que resultaba sublime. El contacto físico que tenían, cómo él le colocaba el cabello a ella, cómo ella lo agarraba del brazo. Aquella relación parecía rezumar amor por las cuatro esquinas.

Como parte importante de la producción y colaborador desde el comienzo tuve muchas discusiones por este asunto con él.

En más de una ocasión le dije que fuera con cuidado, que era todo muy precipitado, pero estaba tan enamorado que era incapaz de escuchar a nadie.

Todos le dijimos que esa mujer apestaba a oportunista. Que lo único que quería era aprovecharse de él.

Pero Álvaro era incapaz de verlo.

A pesar de tantas relaciones conflictivas que había vivido, parecía mentira que hubiera caído en las garras de aquella mujer.

La vi en innumerables ocasiones llevando a Álvaro a su terreno y puedo dar fe de que Estela es muy buena manipulando a los hombres y debe de ser espectacular tenerla en la cama porque sino no lo entiendo.

Esto tiene todo el sentido del mundo, ya que tenía más experiencia en las artes amatorias que tres generaciones juntas.

Si fuese una mujer sincera y todo aquello hubiera sido auténtico y duradero, es probable que Álvaro la hubiera ayudado a conseguir todos sus objetivos artísticos, en el caso de que realmente los tuviera, y en lo personal la hubiera hecho feliz.

Pero por desgracia para todos (ella incluida) no tenía nada claro.

Como mejor amigo de Álvaro siempre miré por sus intereses. Desde el colegio que habíamos sido como hermanos. Fue el padrino en mi boda y el de mis hijos. Prácticamente de la familia y lo veía tan volcado en esa mujer que me tenía asustado.

Llegó incluso a presentársela a su propio hijo, el cual también la cogió cariño.

Todo iba muy rápido y parecía muy bonito, demasiado bonito para ser verdad.

La obra salió adelante a pesar de todo y conseguimos inversión para llegar más lejos.

Hubo un prestigioso productor teatral que se interesó por nuestro trabajo y quiso llevarnos a un nuevo nivel.

Por un momento todos creímos en la buena fe de Estela.

A todos nos hubiera gustado que fuera de verdad lo que aparentaba con Álvaro, y ya no sólo por él, sino también por el resto que hacíamos que la obra y el teatro saliese adelante.

8. La mirada de 2.000 rabos.

A mediados de Junio del 2002 Álvaro escribía en su diario lo siguiente:

Nunca he sido de hablar de sexo con mujeres. No es por nada en especial, pero resulta ser un tema que entre hombres es mucho más frecuente y fácil de tratar.

Entre nosotros solemos contarnos nuestras cosas, al igual que ellas hacen lo mismo.

Estaba ayer, una tarde de finales de la primavera, hablando con Estela, una bella mujer, sentado en la terraza de un bar. Habíamos pasado toda la mañana trabajando juntos y realmente nos merecíamos un descanso.

Ella, de ojos grandes, cara bonita y labios de mordisco, se echaba hacia un lado su preciosa melena trigueña mientras me observaba con deseo.

Podía notar en su expresión aquello que solemos llamar en Savate, «telegrafiar». Llevaba una camiseta de tirantes negra con un escote de rejilla. La llevaba un poco descolocada y al no llevar sujetador, de vez en cuando uno de sus pezones asomaba. Aquello no parecía importarle demasiado. Llevaba también un tejano corto y zapatillas de deporte blancas.

Mientras conversábamos, me di cuenta que distraídamente se acariciaba el clítoris por encima del pantalón.

Eso era algo que ya se lo había visto hacer en varias ocasiones, en reuniones con gente de mi grupo de teatro al que ahora ella también pertenecía, cuando todos éramos hombres y sólo ella representaba al sexo femenino.

Una mujer que me atrae de increíble manera y ella, da la impresión, de que siente lo mismo por mí.

Después de dos cervezas me contó su vida con total franqueza. Bueno, eso es lo que dijo por lo menos y datos escabrosos me dio muchos.

Me habló principalmente sobre su vida sentimental. Habló de los hombres con los que había salido y los motivos por los que después lo dejaron. Acababa de abandonar a su último novio, un chico argentino al que ponía de vuelta y media. Yo escrutaba lo que me decía. Pensaba: - ¿Cómo ha podido tener tanta mala suerte en la vida esta pobre mujer? - Ya que parecía haber ido rebotando de hombre malo a hombre peor.

Por otro lado daba la impresión que lo único que tenía claro en esta vida es que no tenía nada claro.

Por las formas de hablar parecía insinuarme que había dejado a su novio por mí. Lo cual resultaba ser de lo más halagador. Pero también daba qué pensar.

Me contó que se había acostado con más de 2.000 hombres a lo largo de sus 32 años de vida.

Cuando lo decía parecía relamerse recordándolo.

- Más de 2.000 rabos me he comido. - dijo con cierto placer en sus palabras mientras miraba a la lejanía.

Aquella cifra me pareció escandalosa.

Pensé que una mujer que llega a tener tantos encuentros sexuales con tanta gente debe de ser difícil para ella a posteriori dedicarse a solo una persona.

También me comentó que por un tiempo había coqueteado con la idea del lesbianismo por vicio, ya que a pesar de que sólo le gustaban los hombres, siempre tenía ganas de sexo y era terriblemente morbosa, pero que aquello lo había descartado principalmente por guardar las apariencias.

Me aseguraba que se habría hecho puta de no ser por el qué dirán y las habladurías de la gente, que aquello pudiera llegar a oídos de sus padres y toda su familia se enterase.

- Soy muy puta. - decía con orgullo refiriéndose a que se acostaba con cualquiera en cualquier lugar.

Para ella era difícil decir que no. Por lo menos eso aseguraba.

También me aseguraba que todo aquello lo había dejado atrás. Que quería ser una mujer seria, tener hijos, formar una familia y hacer las cosas bien.

Se le acababa la juventud y temía quedarse sola, aunque el principal motivo de muchos de sus males había sido seguir el consejo de sus amigas. Ella misma reconocía que en muchas ocasiones había sufrido mucho por decisiones tomadas en base a los consejos de aquellas que supuestamente querían lo mejor para ella. Cuando lo decía se encogía de hombros.

- Nada que hacer. - afirmaba como diciendo que no tenía remedio.

Desde que rompió con su último novio había vuelto a la casa familiar de sus padres de la que no tenía intención de moverse, por lo menos en un tiempo.

Cuando me lo contó tuve la sensación de que aquello no les agradó demasiado a sus progenitores.

Me encontraba delante de una periodista treintañera con una tremenda experiencia en relaciones sexuales, que vive con sus padres y quiere reformar su libertina forma de vida y a la par trabajar conmigo en teatro.

Y es que con ella, a pesar de lo turbador de sus temas sexuales, me hace sentir bien. Es una gran compañera de fatigas. Parece todo divertido con ella, da la impresión de que nos gusta lo mismo y pensamos igual.

Es tan tierna, tan dulce y cercana que me hace desearla y desear estar con ella.

Por eso quiero ayudarla a superar sus traumas. Quiero que sea feliz a mi lado. Ya que al parecer se siente muy cómoda conmigo y trata de estar siempre junto a mí, quizás podríamos iniciar una relación y ver hasta dónde podemos llegar.

Todavía no he probado su carne. Todavía no le he dado mi abrazo más íntimo, pero deseo complacerla y hacerla sentir segura. Que si de verdad quiere vivir del teatro estoy dispuesto a compartir esa experiencia con ella.

A pesar de los conflictos con los demás compañeros y que me hizo cambiar a todas las actrices para poner a otras con un perfil más bajo y menos agradadas, todo va bien y la obra está yendo sobre ruedas.

A pesar de sus defectos considero como buena su compañía y creo que es la persona indicada para estar conmigo en el trabajo y en la vida.

9. Un sueño caliente.

Al parecer tal era la intensidad de la relación de Álvaro con Estela que incluso antes de tener intimidad con ella, ya había soñado con tenerla, como demuestra en este texto de su diario del 27 de junio del 2002.

No fue más que un sueño, una fantasía. Y a pesar de que he vivido situaciones similares y aún más potentes, el relato que voy a describir no es más que algo etéreo que de momento solo vive dentro de mí y en estas líneas. Aún así siento la necesidad de dejar impronta de este.

El Hotel Luxtal de Cuzco en Madrid es un lugar discreto. Las parejas pueden relacionarse en la más estricta intimidad. Incluso la entrada y salida de clientes está diseñada y lleva un estricto

protocolo para que nadie se encuentre con otra persona por los pasillos.

Allí, en una hermosa habitación nos encontrábamos cara a cara ella y yo.

La habitación era cómoda, limpia y moderna. Decorada con buen gusto, cubría de manera eficaz las necesidades de los amantes desenfrenados.

Una de las paredes estaba acolchada en rojo y tenía tiras de cuero para atar a una persona, un amplio jacuzzi ocupaba buena parte de la estancia. Había un pequeño armario y un sofá. Una amplia cama redonda con un espejo en el techo. En el cabecero de esta había varios preservativos y los mandos de la calefacción, el aire acondicionado, la televisión y una consola para graduar las luces junto a la radio. También tenía cuarto de baño con plato de ducha.

Y allí estábamos nosotros, de pie, como dos adolescentes a punto de perder la virginidad.

Enfrentados cara a cara nos mirábamos con deseo. Ninguno tomaba la iniciativa. Ella, con la mirada titilante hincada en la mía respiraba con intensidad. Estiré la mano y ella hizo lo propio. Acaricié la punta de sus dedos con la punta de los míos. El tacto de algo tan simple como eso resultaba ser toda una vorágine de sensaciones.

El deseo se hacía patente con cada respiración.

Entrelazamos nuestros dedos y unimos nuestras manos. Cada movimiento, cada detalle intensificaba con fuerza el deseo carnal.

Finalmente, agarrados de las manos, nos besamos. El primer beso fue ligero. Tan solo rocé sus carnosos labios con los míos. El segundo fue más intenso. En el tercero nuestras lenguas se enlazaron y juntas danzaron al ritmo de nuestros corazones, mientras nos desprendíamos de la ropa que cubría nuestros cuerpos.

Una vez desnudos nos tumbamos en la cama y comencé a acariciarla. Ella hizo lo mismo. Recorrimos cada uno el cuerpo del otro descubriendo cada rincón y tratando de producir el mayor placer posible. Miraditas furtivas echábamos de vez en cuando al gran espejo que se encontraba sobre nosotros. Verlo era como ver una película erótica en la que nosotros éramos los protagonistas.

Sentados en la cama, abrazados, ella se introdujo mi pene al tiempo que se sentaba en mis piernas. El tacto de su tersa piel era extraordinario. Su olor, su cuerpo, su feminidad. Me agarraba por los hombros al tiempo que mediante movimientos pélvicos se introducía una y otra vez mi pene en el interior de su cuerpo. El placer era inmenso, ambos gemíamos acompasados.

Sentía su aliento en mi rostro. Veía sus pechos votando rítmicamente al tiempo que su vientre se contraía con cada embestida.

Así estuvimos un buen rato. Llegado el momento tomé las riendas del asunto. De un rápido y hábil movimiento y sin sacar el miembro de su interior la tumbé sobre la cama. Ahora era yo quien estaba en posición de embestir. Sobre ella, sonrojada y preciosa, con su hermoso y largo cabello castaño claro esparrado como una corona alrededor de su cabeza, la agarré por las manos y comencé a percutirla con fuerza y agresividad. Usando la potencia de mis caderas introducía mi torre púrpura en su caverna igual que un ariete medieval al perforar un muro. Le solté las manos y acaricié sus hermosos pechos que se movían acompasados, ingravidos y turgentes. Finalmente la agarré por las caderas.

Mi cuerpo estaba prácticamente erguido, tan solo unidos por la zona pélvica donde se producía toda la acción. Ella desbordada por la pasión se sacudía y acariciaba mi cuerpo. Finalmente se agarró de mis brazos, que se le antojaban como dos columnas a los lados de su cuerpo y tirando de mí se incorporó ligeramente. Incliné el cuerpo y nos besamos. Estaba preciosa cuando hacía el amor. Sonrojada, sudorosa, sonriendo, agitándose, disfrutando el momento. Porque ese era nuestro momento, nuestro presente. Lo único que teníamos.

Sudorosos, desenfrenados, poseídos por la pasión. Por el deseo de la carne.

Ella comenzó a gemir con intensidad. Era la segunda vez que la notaba llegar al orgasmo y yo, tras una hora de penetración, no me veía capaz de aguantar mucho más.

Fue entonces cuando la abracé. Solapé mi cuerpo al suyo sintiendo sus pechos sobre mi torso y en un último esfuerzo la ensarté con fuerza hasta llegar al clímax final.

Nuestros cuerpos se contrajeron de placer con potentes sacudidas, como si la vida se nos escapara. En un momento en el que nuestro ser se unía al tiempo que nuestras mentes alcanzaban un plano superior. Allí no había tiempo ni espacio, nos encontrábamos en un lugar más allá de las estrellas del firmamento.

Cuando regresamos a la tierra, descansamos nuestros agotados cuerpos uno al lado del otro. La pasión y el desenfreno habían cesado. Ya solo quedaba la claridad pos coito y la plenitud de haber disfrutado el uno del otro. Porque tan solo era eso, el goce de la carne. Estimular hormonas y que estas segregaran en sangre aquello que nos lleva a practicar lo que hace que podamos seguir existiendo en este planeta. Un instinto tan básico como el comer o el dormir.

Recostado en la cama, cuando quise mirarla nuevamente ella había desaparecido. Fue entonces cuando desperté.

Mi camiseta estaba empapada de sudor y tenía una erección bestial.

Todo había sido un sueño. Ella no estaba a mi lado. Una profunda frustración se apoderó de mí.

Fue entonces cuando me di cuenta de que si lo había soñado lo había proyectado. Que las cosas a veces surgen y otras no, pero el cariño y el deseo me habían llevado a vivir aquel sueño y eso, estaba claro, había ocurrido por algo.

Quizás ese hermoso escenario nunca ocurriría, o quizás sí. Quizás daría con la «Julieta» del sueño y viviríamos momentos de pasión maravillosos o simplemente seríamos amigos. Eso solo el destino lo diría. Lo que estaba claro es que esa «maravillosa coincidencia» podía darse, y si era así, no perdería la oportunidad de disfrutarla y desde luego que sería algo mágico.

Fue entonces cuando desperté de verdad. Estaba en mi teatro y una agradable sensación me embargaba. Me di una ducha, tomé café y de repente recibí una llamada. Al contestar una suave voz de mujer acarició mi oído. En aquel momento tuve la sensación de que era ella. Estela.

10. Encuentro pasional.

Álvaro describió su primera experiencia sexual con Estela en su diario. Esto ocurrió el 16 de agosto del 2002.

«Las cosas nunca suceden por casualidad» - Resumía en infinidad de ocasiones para tratar de dar

explicación a una serie de hechos que ocurrían en mi vida. - Y es que lo cierto así es.

Porque las cosas nunca suceden por casualidad. Siempre hay algo que las provoca. En la vida todo se resume a un continuo ejercicio de «acción/reacción».

Deseaba tomarla. Ella también lo deseaba, aunque no lo quería reconocer y se hacía de rogar. Aún así subimos juntos.

Una vez allí nos sentamos en un sofá que había junto a la cama. Enseguida comencé a acariciarla, besaba. Ella, aunque tímida en apariencia, deseaba ser poseída. Su fuego y deseo contenido iba liberándose por momentos.

Las caricias y los besos fueron en aumento. Una cosa llevó a la otra y ella acabó sentándose sobre mí. Nos besábamos, nos acariciábamos. Ella frotaba sus genitales contra los míos. Todavía llevábamos la ropa puesta. Se quitó el sujetador por la manga, sin sacarse la camiseta. Yo le levantaba la ropa y acariciaba y lamía sus pechos.

Unos pechos hermosos encumbrados por unos bonitos pezones.

Devorada por la pasión se deshizo de la camiseta.

Le saqué los calcetines y me quité también los míos. Me deshice de mi camiseta. Seguíamos en el sofá abrazados, besándonos, frotándonos.

Ya no podíamos aguantar más. Se puso en pie y de un hábil movimiento le quité su pantaloncito corto y las bragas, al tiempo que se tumbaba en la cama boca arriba.

Era la primera vez que la veía desnuda. Me pareció la mujer más bella que había visto en la vida.

Me quité el pantalón y los calzoncillos. Tenía el pene erguido y duro. Salté sobre la cama y me aproximé a ella.

Me esperaba con una sonrisa. Sin dudarle un segundo la penetré a pelo. La confianza entre nosotros era absoluta.

Aquella primera penetración suponía lo más grande y precioso que habíamos experimentado en mucho tiempo.

El cuerpo de ella, blanquito y tierno, lampiño, con un poco de vello púbico de color castaño claro representaba para mí la mayor obra de arte.

Su preciosa melena castaña clara. Su bella sonrisa, su cara sonrojada de placer.

Después de unos minutos ella me pidió cambiar de posición. Me coloqué boca arriba en la cama.

Ella me practicó una felación espectacular. Después se puso encima, con las piernas separadas para que pudiera ver bien su sexo. Entonces se acarició el clítoris con su mano derecha y lamiéndose los dedos después de haberlo hecho provocó una excitación en mí que pocas veces había alcanzado. Desbordado de pasión disfrutaba del espectáculo. Disfrutaba del sexo como hacía tiempo que no lo hacía. La abrazaba, la besaba, la lamía. Toda ella me parecía comestible. Ambos, excitados a la décima potencia nos desahogábamos mutuamente dando rienda suelta a nuestros deseos más profundos. Un poderoso y desgarrador grito dio por finalizado aquel primer coito.

Nos abrazamos desnudos bajo las sábanas.

A los pocos minutos volvía a estar listo y lo volvimos a hacer. Ella gritaba de placer, se contraía de gusto mientras la penetraba como si de un ariete mecánico se tratase.

Me pidió que la estrangulara y la insultara. Que aquello la excitaba de sobremanera. Con cierto reparo la cogí del cuello sin apretar demasiado por un par de minutos. Y no la insulté porque me pareció degradante y cuando se lo hice saber consideró oportuno descartarlo.

Lo hicimos hasta la extenuación, hasta quedar agotados y cubiertos de sudor. Volvimos a abrazarnos desnudos, agotados, felices y satisfechos.

Eran altas horas de la madrugada. Nuestra primera experiencia sexual juntos había sido de lo más placentera. Evidentemente íbamos a repetir.

Curiosamente recordé haber soñado con aquel encuentro de una forma tan vívida y exacta que fue como tener una visión del futuro. La idea de que ya estuviera escrito aquel primer encuentro me llenó de gozo.

Desgraciadamente para mí, ella tenía que irse. Nos vestimos y la acompañé a su casa. Después regresaría al hotel a dormir.

Nos acercábamos de manera lenta y progresiva a una historia de amor que nadie se podía imaginar lo lejos o no que podría llegar.

11. Recuerdos de un amanecer.

Desde que Álvaro y Estela iniciaron su relación esta no paró de estar llena encuentros sexuales a cual más explosivo y potente, que él describió detalladamente en su diario.

Aquí se encuentra uno de ellos, el perteneciente al 18 de septiembre del 2002.

El otro día me decía un amigo: *«La felicidad es cuando encuentras a alguien con quien follas de puta madre y además te hace reír»*.

Supongo que tiene toda la razón.

En esta sociedad caótica y de consumo en la que vivimos donde todo se vende deprisa y se deshecha, incluidas por desgracia las relaciones personales, es difícil, muy difícil encontrar a alguien con quien congeniar, entenderse o poder disfrutar de la vida más allá de un momento, una actividad, un suspiro.

Encontrar a alguien con la misma pasión, entusiasmo, con la misma meta vital y a quien apasionen las mismas cosas es terriblemente complicado.

En mis cuarenta años de vida ya os digo que apenas lo he visto en contadas ocasiones. Y si además a esto le sumamos el hecho de tener muy buen sexo la ecuación se complica todavía mucho más.

Nos encontrábamos en la cómoda habitación de un confortable hotel para deportistas a poco más de una hora de Madrid, rodeados de pequeñas villas, campo y agua. El día anterior habíamos estado muy ajetreados. Tanto ella como yo no habíamos parado de un lado para otro sin dejar de hacer cosas juntos. Aún así, a pesar del cansancio habíamos disfrutado el día haciendo lo que más nos gustaba: trabajando en nuestros sueños.

Habíamos comido fuera, disfrutado del aire de la montaña y nos sentíamos pletóricos. Por la noche cenamos en el restaurante del hotel y volvimos a la habitación para hacer el amor y dormir.

A primera hora de la mañana, con los primeros haces de luz que iluminan el cielo despertamos.

Dormíamos uno al lado del otro, cara a cara. Le acaricié el brazo. Ella simplemente movió su cuerpo y con una suave exhalación se recolocó.

Entonces comencé a acariciar su cuerpo pasando suavemente los dedos de la mano recorriendo la hermosa figura de mi compañera de cama. Levanté su camiseta dejando al descubierto sus senos y suavemente con la yema de los dedos acaricié sus pezones.

Ella abrió los ojos y me dijo: - *Buenos días.*

Mi respuesta fue un beso en los labios. Seguí acariciando sus blancos e inmaculados pechos, después los comencé a lamer suavemente mientras mis manos bajaban por el cuerpo de ella hasta su punto más sensible. Lo acaricié.

Cambié de postura y le quité sus bonitas bragas de encaje. Ella se sacó la camiseta. Su cuerpo estaba al descubierto sobre la cama como si fuera una obra de arte. Atenta. Receptiva. Ansiosa.

Me coloqué entre sus piernas, las cuales abiertas de par en par me esperaban. Coloqué la cabeza entre los muslos y observé la belleza de su sexo.

Castaño claro, fino y corto era su vello púbico.

Sus labios inferiores estaban abiertos y húmedos. Comencé a besarle las ingles. Ella se contorneaba ardiente de deseo. Me hice de rogar un poco hasta que la besé ahí mismo. Finalmente comencé a comerle el clitoris haciéndola estremecer. Primero despacio, con calma. Poco a poco fui intensificando el movimiento con la lengua, agarrando su clitoris con los labios, succionándolo hacia dentro de mi boca al tiempo que lo acariciaba con la lengua.

Me encantaba su sabor. Un sabor ligero, dulce.

El fluido que salía de su vagina lo encontraba agradable. Por lo tanto lo lamía con pasión y gusto.

A la ecuación le añadí el introducirle un dedo por la vagina haciendo que este entrara y saliera sin parar mientras continuaba lamiendo con ardiente pasión su clitoris.

Los jadeos, que comenzaron como un breve susurro se convirtieron en gritos de lujuria. El cuerpo de ella se comenzó a agitar. Movía la pelvis de arriba abajo tensando los músculos mientras se acariciaba los pechos con energía. Así se mantuvo en el tiempo hasta que finalmente tuvo un potente orgasmo. Estela no podía más, su cuerpo se estremecía tembloroso por aquello que le estaba haciendo. El placer que había sentido quedaba patente en su rostro sin poder disimular. La encontraba preciosa cuando se corría.

Fue entonces cuando me quité el calzoncillo mostrando el pene erguido que llevaba rato esperando a entrar en acción.

Me coloqué sobre ella, la besé en los labios y le introduje el pene por la vagina. Ambos sentimos algo maravilloso cuando nuestros cuerpos se unieron. Conectados comencé a introducirle el miembro con suaves movimientos de cadera mientras que ella me devoraba con los labios la cara y el cuello. Conversábamos, nos decíamos frases, cosas propias de amantes, de personas que se

desean con ardiente fogosidad.

Mis embestidas eran cada vez más fuertes. Ella enloquecía de placer. Se acariciaba el clítoris y me daba de beber el suave elixir que de este manaba.

Nos besábamos con fiereza. Nos comíamos el uno al otro. Ella gemía ardientemente. Cambiamos de postura. Ahora ella era quien estaba encima. Primero dándome la espalda, haciendo ella el trabajo con su pelvis, produciéndome un placer extraordinario.

Después se puso de frente con las piernas flexionadas apoyando los pies sobre la cama de tal manera que podía ver perfectamente como mi pene entraba y salía de su vagina. Le acariciaba los pechos, la deseaba, la ansiaba. Sujetándola por los brazos tiraba de ella y le lamía los pechos, la abrazaba y la besaba. La penetraba con fuerza y energía haciéndola sentir un placer intenso que demostraba mediante potentes jadeos.

Ella se tumbó de espaldas y la volví a montar.

Ella volvió a alcanzar el orgasmo pocos minutos antes de que yo también lo consiguiera. Al eyacular sentí un potente placer. Como si la vida se me escapara entre las piernas. Pocas habían sido las mujeres que me habían hecho sentir tanta pasión y unos orgasmos tan prolongados y potentes.

Abrazados, empapados en sudor nos echamos a reír como locos. Nos sentíamos muy a gusto el uno con el otro. Nos mirábamos a los ojos, nos entendíamos, nos besábamos.

Finalmente me puse a su lado y Estela me abrazó con suavidad y ternura.

Ya hacía rato que había amanecido. Por la ventana entraban grandes cantidades de luz solar que lo inundaban todo. Hasta justo aquel momento ni siquiera nos habíamos dado cuenta.

Felices, extasiados y satisfechos descansamos un rato antes de darnos una ducha e ir a desayunar.

Otro largo día de actividades nos esperaba y le habíamos dado comienzo de la mejor manera.

Pasaríamos el día juntos, haciendo lo que más felices nos hacía, uno al lado del otro sin darnos cuenta que la vida nos llevaba a nuestro destino.

12. Una noche de hotel.

Del mes de Octubre, que fue el mes que más sexo tuvieron, destaca la historia de esta noche.

Era una tarde otoñal. A pesar de eso el clima aún era cálido y las temperaturas suaves. La caída de la hoja había dado comienzo pero todavía quedaba mucho para que los árboles se despojaran de estas. Lo hacían tímidamente, con discreción.

Llegamos en coche a un hotel al norte de Madrid. Salimos del vehículo y cogimos nuestras cosas, teníamos mucho trabajo que hacer. Llevábamos bocadillos y bebidas. Íbamos al hotel a trabajar, aunque también aprovecharíamos para darnos calor. Por lo menos aquel era el plan.

Ella no quería reconocer nuestra relación delante de su familia y nuestros compañeros de teatro, aunque este era un secreto a gritos, tampoco quería quedarse conmigo a dormir, sobretodo cuando habían ensayos hasta altas horas de la madrugada por el dichoso «que dirán». Por eso,

ocasionalmente íbamos a un hotel.

Nos registramos en recepción y subimos a la habitación.

Una vez allí desplegamos todo nuestro material. Colocamos el ordenador sobre el escritorio. Previamente, al hacer la reserva, habíamos encargado que pusieran una segunda silla para poder trabajar juntos. A pesar de eso, finalmente no llegamos a usarla.

Tomé asiento frente al ordenador y Estela se puso cómoda en el sofá. Hablábamos y trabajábamos conjuntamente. Formábamos un buen equipo ya que nos complementábamos a la perfección. Cuando dos reman en la misma dirección, con el mismo objetivo, el resultado suele ser espectacular.

Recibimos varias llamadas telefónicas. Formaba parte de nuestro trabajo, de nuestra afición, de nuestra pasión.

Seguimos trabajando, valorando ideas cuando ella se acercó a mí. Sentado en la silla frente al escritorio, no me pude contener más y agarrándola de la cintura la senté encima de mis rodillas. Ella se dejó hacer.

Entonces comencé a acariciarla y a besarla. Introduje mis manos bajo su ropa. Una mano subió al pecho, que agarrándolo comenzó a acariciarlo.

Tenía los pezones duros. La otra mano bajó hasta la entrepierna y con los dedos comenzó a acariciarle el clítoris.

Tenía los labios inferiores húmedos. Siempre estaba húmeda.

Comenzamos a besarnos.

Ella se desprendió de la parte de arriba. Hice lo propio como pude.

Para cuando queríamos darnos cuenta ya estábamos desnudos en la cama.

Ella se tumbó boca arriba, esperándome, con su hermoso cabello castaño claro desparramado sobre la cama y la mirada fija en mí. Esos bonitos ojos marrones se clavaban en los míos.

Su cuerpo se me manifestaba como una obra de arte.

Era preciosa. Su dulce rostro de ojos grandes, nariz pequeña y labios carnosos. Y que labios. Para mí besarlos no solo era placentero, sino que resultaba ser una experiencia estremecedora. Sus brazos, sus bonitas piernas, aquellos turgentes muslos, sus pechos, su sexo.

Lentamente, con mi musculoso, firme y fino cuerpo depilado me acerqué a ella y comencé a lamerle los genitales. Sentía gran atracción por besar y lamer su sexo. Ella sentía gran placer, pero deseaba ser penetrada. Me lo pidió entre gemidos. Entonces me coloqué encima y mientras lamía y acariciaba sus pechos la penetré.

Entrar en ella suponía un placer descomunal. Una sensación agradable, cálida y reconfortante. Aquel era un lugar donde me gustaría pasar largas temporadas. No me importaría quedarme a vivir allí dentro.

Nos besábamos. Nos amábamos.

Primero la penetré con suavidad. Después con firmeza. Finalmente con fuerza y energía.

Retozábamos el uno con el otro en un abrazo eterno. Nos comíamos la boca. Nuestras lenguas acompasadas giraban la una con la otra. Ella me decía que hacerlo conmigo era un vicio. Yo a ella le contestaba diciendo que era adicto a sus besos, a su cuerpo y a su sexo. Nos deseábamos y nos amábamos con gran pasión. Cambiamos de postura. Ahora era ella quien estaba encima. Para mí era maravilloso poder verla, con su precioso cabello largo suelto corriendo a su libre albedrío. Sus pechos botaban rítmicamente al compás de sus caderas. Ella bajaba y nos abrazábamos.

Nos besábamos.

Se puso a cuatro patas y la penetré con agresividad. Le encantaba esa postura. A los dos nos era de lo más placentera. Agarrándola con fuerza de los pechos, de las caderas, la penetré con agresividad hasta llevarla al orgasmo. Ella gritaba como loca mientras contraía todo su cuerpo.

Para mí resultaba maravilloso verla contraerse de esa manera.

Seguimos haciéndolo de manera más pausada por un tiempo.

Al rato seguimos otra vez con fuerza y fiereza.

Ella despertaba en mí un instinto salvaje que desconocía. Por lo menos a ese nivel jamás lo había sentido. Fue entonces, estando sobre ella, comiéndole los pechos y penetrándola al mismo tiempo, cuando también alcancé el orgasmo. Este fue potente, muy intenso. Cuando me corría con ella me sentía como si la vida se me escapara por un instante. Era un viaje astral. Un viaje al paraíso.

Empapados en sudor nos metimos bajo las sábanas y abrazados descansamos durante un buen rato.

Pensamos en comer algo, pero después de poco más de una hora de sexo estábamos cansados y acabamos medio dormidos.

De repente, del roce, del tacto, nuestros cuerpos reaccionaron y volvimos a empezar.

Estela estaba cansada después de una dura jornada de trabajo que le había llevado todo el día, sumado a un entrenamiento físico en Savate, ya que como es obvio, le estaba enseñando mi pasión.

A mí me pasaba algo parecido, pero al tenerla a mi lado se me pasaban todos los males.

Lo hicimos durante otra hora larga. Cambiando de postura cada cierto tiempo.

En un momento dado estaba de pie y ella tumbada en la cama boca arriba engullendo mi pene, practicándome una felación.

Realmente aquello fue como si practicara el coito con su boca. Era espectacular.

Al rato seguimos en otra postura y acabamos agotados. Después de más de dos horas fornicando ya no sabíamos ni qué hora era.

Habíamos empezado pasadas las nueve y ya era más de media noche. Agotados descansamos de nuevo abrazados.

Nos hubiera gustado quedarnos allí y pasar la noche juntos. Pero ella no quería tener que darle explicaciones a sus padres del motivo de su ausencia en el hogar familiar. Como si todavía fuera menor de edad a sus más de 30 años.

Por eso quería a toda costa regresar a su casa.

Por eso rara vez pasábamos la noche juntos y cuando lo hacíamos ella siempre les mentía.

Aquello me iba quemando a fuego lento. Pero por ahora me valía.

Nos lavamos y cenamos.

Al rato la acompañé en coche a su casa para después regresar al hotel.

13. Noche en el parador.

En noviembre visitaron la provincia de Segovia y de la noche que pasaron juntos dejó este escrito con fecha de noviembre del 2002.

Llegamos al parador de Segovia por la tarde, nos registramos en el hotel y subimos a la habitación.

El lugar era espectacular, elegante, clásico y distinguido. Ella necesitaba descansar y desconectar de muchas cosas, es por eso que eligí aquel sitio, un remanso de paz y comodidad que nos permitiría desconectar del ajetreo diario.

La habitación era amplia, con una enorme cama de matrimonio y un cuarto de baño espectacular.

Nos pusimos cómodos. Ella pasó al baño. Mientras tanto tomé asiento en una de las butacas frente al escritorio. Pasaron unos minutos y Estela volvió llevando solo una camisa y un precioso tanga rojo.

Aquello hizo que me subiera toda la sangre a la cabeza. Estaba preciosa. Era preciosa. Me puse de pie sin poder controlar mi cuerpo que fui hacia ella, la abracé y la besé. Comencé a acariciarla. Entonces ella me enseñó su «juguete» para noches solitarias. Un pequeño vibrador de color rosa. Lo cierto es que no me sorprendió, pero era la primera vez que veía uno tan cerca.

Me desnudé a toda prisa, la desnudé y la puse en la cama. A los pies de ella la observaba. Es una mujer preciosa con un cuerpo para el pecado.

Para mí toda ella es comestible. Mi sangre se alteraba. Llevé mi fibrosa y musculada fisionomía hasta ella y metí la cabeza entre sus piernas.

Me encantaba el olor y el sabor de sus genitales. Ese vello púbico recortadito, castaño claro, que tapaba lo justo. Acerqué mis labios y le besé el clítoris. Acto seguido comencé a comerlo con suavidad, a succionarlo y a darle placer con mucho cariño. Ella se estremecía. Me llamaba por mi nombre. Yo la agarraba del pecho.

Ella me pidió ser penetrada y así lo hice. Me coloqué sobre ella y suavemente la penetré.

Tuve que contenerme porque tenía muchas ganas de hacerlo. Siempre tenía ganas de hacerlo con ella. Sentía una atracción sexual muy fuerte por ella y daba la impresión de que ella sentía lo mismo por mí.

Acariciaba y lamía sus pechos mientras la penetraba. Ella me pidió cambiar de posición y acepté.

Me hizo lo mismo. Lamió y chupó mis genitales con gran deseo, placer y esmero. Para mí aquello era lo más. Nunca nadie me lo había chupado así.

Después se puso encima, se introdujo mi pene en la vagina y comenzó a cabalgar encima de mí. Nos abrazábamos, nos besábamos. La agarraba por los brazos y le comía los pechos.

Después de un rato volví a estar sobre ella. Entonces cogí el vibrador y mientras la penetraba comencé a estimularle el clítoris con él. Ella me dijo que no se usaba así pero aquello la ayudó a llegar rápidamente al orgasmo.

No había mayor placer para mí que verla llegar al orgasmo. Me sentía realizado. Ella gritaba como una bestia. Después me puse manos a la obra y me corrí dentro de ella.

Descansamos en la cama. Conversamos de nuestras cosas.

Después de un rato nos vestimos y bajamos a cenar.

Durante la cena ella me comentó que le gustaría ser penetrada por el culo y yo le dije que lo haría sin ningún problema. Tenía dudas al respecto, pero la curiosidad y el posible placer que le produjera aquello la atraía y la excitaba.

Tenía un juguete sexual, que resultaba ser como un tapón con forma de diamante para metérselo por el culo con el que había estado practicando para dilatar su ano y a pesar de que ya lo había intentado en varias ocasiones y no le terminaba de gustar, su obsesión por el sexo y el morbo que ello le daba la llevaba a forzar su cuerpo con la esperanza de que le acabara gustando.

A pesar de lo turbador que pudiera sonar todo eso me apetecía penetrarla por detrás. Hubiera hecho cualquier cosa que pudiera producirle placer.

Cuando regresamos a la habitación volvimos a hacer el amor. En un momento dado ella quiso prepararse para ser enculada y fue al baño para hacerse una lavativa. Después de un rato no lo vio claro y prefirió seguir de forma tradicional, por la vagina.

Hicimos el amor durante más de una hora. Después nos pusimos a dormir.

Al amanecer fui al baño. Apenas había luz en la habitación.

Volví a la cama y no pude remediar el acercarse a ella y darle amor. Ella se volvió hacia mí y tras un «buenos días» me besó en los labios.

Estela iba en pijama. Yo en calzoncillos. Le descubrí los pechos y me puse a comérselos. La desnudé suavemente y le volví a lamer los genitales.

Ella fue al baño y cuando volvió comenzamos a hacer el amor. Primero suavemente. después como salvajes. La llevé al orgasmo. Seguí dándole cera. La embestía con gran energía. La cama se balanceaba y golpeaba la pared al tiempo que ella gritaba como una loca de placer. Los vecinos de la habitación contigua comenzaron a dar golpes en protesta por el ruido matutino. Pero eso no nos detuvo, es más, yo también, desde la euforia del sexo, le dí dos puñetazos a la pared. La intensidad iba en aumento. Cada vez más fuerte, con más ganas. Finalmente llegamos al orgasmo. Un orgasmo que sentí como si se me escapara la vida. Me había ocurrido otras veces con ella.

Aquella mujer me daba un placer tan grande, me hacía sentir tanto que me resulta difícil de explicar con palabras. Me nublaba los sentimientos. No comprendía cómo podía sentir tanto. Me llenaba el pecho de amor. Me llenaba el corazón de felicidad.

Abrazados descansamos un rato en la cama. Después nos vestimos y bajamos a desayunar.

Pasaríamos el día disfrutando de La Granja. De la mano, llenos de cariño y de pasión seguimos adelante con nuestros planes de futuro.

14. Sexo en la casa de sus padres.

Una de las experiencias sexuales de Álvaro con Estela contada en el mes de Diciembre del 2002 fue esta:

Estábamos en el salón de la casa familiar de ella. Un amplio salón de un chalé en una localidad de Alcobendas. Ambos trabajábamos con el ordenador en un nuevo proyecto teatral. Concentrados. Juntos uno al lado del otro.

Mientras trabajábamos afanosamente no podíamos remediar sentir esa fuerte atracción que nos obsesionaba.

Una atracción carnal que teníamos que desahogar constantemente.

Ya la noche anterior, en el mismo lugar, sentados a la mesa del salón trabajando y mientras la familia de Estela descansaban en la planta superior, le introduje la mano bajo las bragas y le estimulé con los dedos el clítoris hasta llevarla al éxtasis.

Se corrió mordiendo mi hombro para no gritar de placer. Ese placer que le producía y del cual ella era adicta.

Pero en aquel momento, al día siguiente, nos encontrábamos solos.

Mientras intercambiábamos palabras de lo que estábamos haciendo no podíamos evitar tocarnos.

Esa emoción, esa lujuria controlada poco iba a durar.

En un momento dado no pudimos más.

Para cuando quisimos darnos cuenta nos estábamos metiendo mano.

Fue entonces cuando ella propuso ir a la cocina, en la misma planta, al otro lado del recibidor.

Nos levantamos y corrimos hasta allí. Desde una de las ventanas de la cocina se veía la puerta de entrada del chalé, si lo hacíamos ahí mismo nos permitía asegurarnos de que su familia no fueran a llegar y nos pillaran follando.

Fue entonces cuando le bajé los pantalones y las bragas. Con celeridad metí la cabeza entre sus piernas y comencé a lamerle el clítoris. El deseo y la pasión nos poseían. Tras varios minutos ella no podía aguantar más tiempo quieta. Así que hizo lo propio y tras bajarme los pantalones se introdujo mi pene en la boca y lo chupó como si le fuera la vida en ello.

Después de los preliminares ella se puso contra una repisa, mirando por la ventana y yo la penetré a pelo desde atrás.

Comenzamos a fornicar con gran deseo. Un deseo desenfrenado que nos poseía constantemente.

Ella me pedía que le diera duro, repetía mi nombre y pedía a gritos que me la follara. La agarré de su largo pelo y tiré hacia atrás, le di varias cachetadas en el culo y comencé a empotrarla como si no hubiera un mañana. Eso a ella la excitó terriblemente. Estaba completamente poseída por la lujuria.

Desde atrás, mientras la penetraba, le había levantado la ropa y le acariciaba los pechos. Ella me pedía que se los agarrara con fuerza, que se los apretara, que le diera duro y yo me limitaba a obedecer.

Follamos durante más de media hora cuando ella empezó a acercarse al orgasmo y me pidió que me pusiera un preservativo.

Al estar en la cocina de su casa le daba morbo y miedo que nos fueran a pillar sus padres o su hermano, pero quería que nos corriésemos los dos.

Ella ya había tenido un par de orgasmos, pero me quería dejar a mí también satisfecho.

Tras varios embistes acepté y me puse una goma en el pene. Acto seguido seguí con mi trabajo.

La penetraba con fuerza, con pasión y con amor.

La penetraba como si fuera lo último que iba a hacer en vida y ella estaba disfrutando de lo lindo.

Al cabo de algún tiempo ella volvió a llegar al orgasmo gritando como si estuviera poseída. Le hubiera gustado que los dos llegásemos a la vez, pero habitualmente era ella quien acababa primero.

Seguí embistiéndola. Dándole duro. Al cabo de unos minutos conseguí correrme.

Los orgasmos con ella eran largos y potentes.

Eran simplemente espectaculares.

Al acabar el coito nos besamos.

Nos amábamos profundamente y eso nos llevaba a una conexión poco frecuente en los días de hoy.

Cuando saqué el pene del interior de ella, estaba tan mojada que por un momento pensó que lo mismo se había roto el condón en su interior.

Pero no fue así.

Su fluido corría por sus piernas hasta los tobillos.

En pocos minutos teníamos que irnos. A los dos nos hubiera gustado una segunda ronda.

Pero eso tendría que esperar a otro momento.

Como siempre nos habíamos amado con locura y a pesar de otros temas y muchas cosas, lo cierto es que éramos una pareja única, de las que se ven en contadas ocasiones debido a nuestra profunda conexión en todos los temas en general.

15. En el teatro.

A finales de Diciembre, cuando la obra ya era un éxito, Álvaro describió este encuentro con Estela entre otros muchos parecidos:

Nos encontrábamos en la habitación del teatro en la que yo vivía.

Un amplio cuarto con todas mis cosas.

Habíamos estado trabajando en futuros proyectos e irremediabilmente, la atracción que

sentíamos el uno por el otro nos llevaba a tocarnos y desearnos.

En un momento dado ya no podíamos más, pero ella, que estaba terminando su periodo no se sentía cómoda con la idea de practicar el coito en esas condiciones. De todos modos la excitaba de sobremanera complacerme sexualmente, así que se quitó la parte superior de la ropa dejando al descubierto sus hermosos pechos y tras un previo magreo me bajó los pantalones y calzoncillos y comenzó a practicarme una felación.

«Me encanta hacer estas cosas, me encanta chuparla»- afirmaba en un pequeño descanso en el que se sacaba mi pene de la boca.

Lo chupaba con ganas, con ansiedad. El pene, los testículos, todo. Como si le fuera la vida en ello.

En un momento dado se estiró boca arriba en la cama dejando la cabeza colgando fuera de esta. Entonces me pidió que me acercara y en esa posición siguió con la felación.

Se metía mi pene entero en la boca, hasta la garganta. Lo chupaba una y otra vez. Con un deseo tan grande que me hacía estremecer.

Evidentemente yo lo disfrutaba como un loco. Nunca nadie me la había chupado con tanto interés y de esa manera. Se notaba que lo había practicado mucho y con muchos. No era la primera vez que me lo hacía así. Tampoco sería la última, pero sí fue la más larga.

Deseaba poseerla, arrancarle la ropa y follármela como tantas veces había hecho ya. Pero como tenía el periodo no me quedaba más remedio que aguantarme.

De todos modos aquello era una deliciosa locura.

Cada vez que tenía ocasión me agarraba del pene y se lo comía con un deseo y unas ganas como pocas veces he visto a alguien hacer algo en la vida.

Ella continuó engullendo mi apéndice viril durante un cuarto de hora en esa posición. Después se puso boca abajo, se sentó y siguió chupándomelo. Se lo metía hasta la garganta, pasaba su lengua por todos los recovecos del glande, chupaba y absorbía mis testículos, pasaba sus labios, su lengua por todo el pene de mil maneras.

Finalmente se concentró en chuparme el glande haciendo un efecto lavadora con la lengua mientras con las manos lo frotaba y me acariciaba los testículos. Tras poco más de media hora trabajándose mi pene, comencé a contraer los músculos, el placer comenzaba a desbordarme, acariciaba la preciosa melena castaña clara de ella con la mano sintiendo como toda mi energía se concentraba en el pene. Ella siguió chupando sin parar hasta que me corrí.

Eyaculé dentro de su boca, Estela siguió chupándomela hasta que dejé de correrme. Aquel fue uno de los orgasmos más potentes que jamás había tenido. A punto estuve de desplomarme al suelo, ya que por un instante me quedé sin fuerzas, completamente mareado y sin visión.

La amaba. La deseaba. Hubiera dado cualquier cosa por ella. Por el amor que sentía por esa mujer tan dada a complacerme.

Ella me chupó el pene hasta dejárselo sin una gota de esperma y con la boca llena de este, con una sonrisa, se fue a lavar.

Me dejó el pene limpio e impoluto.

Yo quería complacerla de algún modo. Me encantaba darle placer.

Ella, en principio se resistía pero finalmente la desnudé, la metí en la ducha y mientras le comía los pechos le hice un dedo que la dejó tiritando de placer.

Me hubiera encantado hacerlo con ella, pero estaba cansado y tampoco a ella le apetecía teniendo el periodo. Con gusto le habría practicado un cunnilingus, pero ella no se habría sentido cómoda en esa situación. Al orgasmo al que la llevé con el dedo la dejó satisfecha y para mi era importante dejarla satisfecha. Porque la quería a horrores.

Después de aquello nos secamos, nos vestimos y nos fuimos a cenar.

16. En su cama de la niñez.

Álvaro describió en su diario encuentros sexuales con Estela en infinidad de lugares. Prácticamente allí donde estaban acababan teniendo sexo de un tipo u otro.

Este es uno de los últimos bonitos encuentros que describió.

Ocurrió en Enero del 2003.

Era una bonita mañana de invierno a poco de haber cruzado el umbral del año nuevo.

Un año que se presentaba apoteósico.

Llegué a su casa temprano, alrededor de las diez de la mañana.

Como muchos otros días nuestra intención era pasar el día juntos trabajando en aquello que nos motivaba y nos apasionaba.

Normalmente en el chalé de la casa familiar de ella solían estar sus padres, que jubilados andaban con sus quehaceres de un lado para otro.

Pero aquel día no era así.

Me caían bien sus padres. Eran buena gente. Gente cercana, amables y hospitalarios.

Al llegar a su casa toqué el timbre.

Estela me abrió la puerta en pijama.

Que sexy estaba ella con un pijama de ositos como si todavía tuviera dieciséis años.

Llevaba el cabello recogido en coleta, sus gafas de ver y una amplia sonrisa de oreja a oreja. A pesar de sus más de treinta años tenía cara de niña feliz. Nada más verme me preguntó por la mochila que solía llevar. Le dije que la había dejado en el coche.

Al parecer por algún motivo quería que tuviera la mochila encima. En breve iba a descubrir porqué.

Desayunamos en la cocina y subimos a la habitación de ella. Entonces fue cuando me dijo que estaba sola en casa y se moría de ganas por tener sexo conmigo en su dormitorio, su habitación de soltera, la que había sido su alcoba durante prácticamente toda su vida y quería que llevara la mochila encima porque sabía que en ella tenía una caja de preservativos.

En su casa familiar lo habíamos hecho en el salón, en la cocina, por las escaleras y en el sótano

en varias ocasiones, pero todavía no lo habíamos hecho en su habitación como Dios manda.

En alguna ocasión le había comido los pechos allí y habíamos hecho alguna cosa más, pero ahí quedaba todo. Hasta entonces.

Como era obvio recibí la noticia encantado y del bolsillo interior de mi chaqueta saqué un condón.

Le dije que lo llevaba ahí por si se daban las circunstancias de hacerlo con ella en cualquier sitio. Algo que solía suceder y no me gustaba quedarme a medias.

A ella le encantó mi previsión.

Así que en el dormitorio de ella, de pie y con las puertas abiertas comenzamos a besarnos y a tocarnos.

Me desnudé rápidamente. Seguidamente le quité el pantalón y las bragas, la desprendí de la parte de arriba también y la tumbé en la cama de la habitación.

Aquella habitación, decorada parcialmente como si todavía fuera una adolescente, fue testigo una vez más del romance de aquellos dos adultos que apasionados por su trabajo y por ellos mismos, dieron rienda suelta a su amor incondicional.

Aquello era una fantasía hecha realidad para los dos.

Me sentí como la primera vez que me acosté con mi primera novia a los dieciséis años, a finales del siglo pasado.

Ella, movida exclusivamente por la lujuria y el morbo disfrutó del sexo exclusivo conmigo.

Teniéndola desnuda en la cama acaricié y lamí sus pechos y lentamente fui bajando hasta el ombligo y de ahí a más abajo.

Entonces le practiqué un cunnilingus. Me encantaba comerle el coño.

Ella tampoco se quedó corta y enseguida, después de correrse, me la chupó como si fuera su helado de cucurucho preferido.

Lo hicimos a pelo sobre aquel lecho en el que ella había dormido durante años, desde pequeña, y donde tantas veces había fantaseado estar conmigo.

La abrazaba. La besaba. Nos devorábamos mutuamente.

Mi cuerpo, duro y fibroso, se retorció sobre la suave y blanda figura de ella.

Era tan tierna, tan delicada, tan hermosa, tan deliciosa.

Ella siempre tan complaciente y en apariencia sincera.

Y digo bien, en apariencia. Porque en los últimos meses estaban pasando cosas raras a causa principalmente de una amiga. Cosas a las que no he dado importancia porque no quiero parecer paranoico, pero que cada vez me van preocupando más.

Porque no todo en esta vida, por más que lo queramos y nos guste, es como imaginamos.

La amo con locura, quizás como no se debe amar a nadie, porque si la otra parte no estuviera preparada para devolver con la misma moneda sería un desastre.

Como era habitual en nosotros lo hicimos durante mucho rato a pelo y después de que ella tuviera varios orgasmos, cuando me acercaba a mi momento culminante, me puse el profiláctico y alcancé el orgasmo dentro.

Al terminar me quedé abrazado a ella, con mi pene dentro de su cuerpo, y como otras muchas veces me dijo:

- Me gusta mucho sentirte dentro. Me siento segura.

A lo que yo respondí dándole un tierno beso.

Después de hacerlo repetidas veces y llegar al orgasmo, permanecimos abrazados, juntos en aquella pequeña cama durante unos minutos. Después de calmar nuestros ardientes deseos volvimos abajo y seguimos con lo planeado.

Aquel también fue un hermoso día como muchos otros con ella.

Me sentía feliz. Me sentía pletórico con ella.

Era para mí lo mejor que me había pasado.

17. Ramona la bruja.

A continuación os voy a hablar de una mujer, que en apariencia se podría pensar que no tiene nada que ver en esta historia, pero es el principal desencadenante de todo lo sucedido.

Ramona Nehring es una haitiana de más de cuarenta años de origen alemán y congoleño.

Su padre era un empresario alemán que tuvo una noche de pasión con su madre y desapareció. Su madre, una haitiana de origen congoleño muy humilde que se dedicaba a la santería y la brujería, la crió en solitario.

Ramona es una mujer mulata de poco más de metro y medio de estatura, rasgos europeos salvo por la nariz y piel oscura. Cabello ondulado castaño oscuro, que da la impresión de que nunca lo peina. Pechos grandes y cuerpo rellenito.

Ramona se había criado en la pobreza y desde pequeña aprendió a buscarse la vida para sobrevivir.

En la adolescencia comenzó a prostituirse, lo cual la llevó al descubrimiento de que era ninfómana y para ella la prostitución era una maravilla.

Apenas fue a la escuela, por lo que sabe leer, escribir y poco más.

Aprendió el oficio de su madre y aparte de la prostitución, que en gran medida lo hacía por placer, también echaba las cartas, hacía la ouija, ponía velas, invocaba espíritus, hacía el péndulo y rituales de amarre, mal de ojo (ponerlo y quitarlo), entre otras muchas cosas más.

Ella disfrutaba muchas veces poniendo velas negras, trabajando el vudú y causando daño a la gente.

Aparte del sexo, la segunda cosa que más placer le producía era ver el sufrimiento ajeno.

Por eso, en innumerables ocasiones trabajaba elementos oscuros para dañar a familiares y

amigos.

No le gustaba tener a nadie a su alrededor que estuviera mejor que ella.

No creía en el amor, por lo que cuando veía a una pareja feliz trataba de echarles mal de ojo.

Evidentemente todo esto lo disimulaba con la mejor de sus sonrisas y mostrando su lado más cercano y amable.

Prostituyéndose en más de una ocasión fue forzada y violada, aparte de contraer diferentes enfermedades de transmisión sexual que le causaron dolencias durante mucho tiempo.

Aquello la hizo replantearse muchas cosas.

Dejó la prostitución y aprendió a bailar.

Evidentemente ya no ejercía, pero se seguía acostando con cualquiera.

Como bailarina consiguió trabajo en uno de los mejores hoteles de Puerto Príncipe con la clara idea de conocer a un rico y casarse con él.

Evidentemente no lo tenía nada fácil. Pero sí es verdad que se acostó con mucha gente poderosa.

En el año 2001 un incauto español de familia noble la tuvo como su amante durante su estancia de una semana en la isla. Le gustaban las mulatas rellenitas y la hizo suya durante ese tiempo.

Ella lo vio como la forma de dar el braguetazo de su vida. Así que utilizó toda su capacidad y conocimientos en brujería para amarrar a aquel hombre a su lado.

Ya fuera por la brujería o por lo que Ramona le hacía en la cama, lo cierto es que el español se la llevó consigo de regreso a su país.

Y fue así como ella consiguió viajar a Europa.

Aquel hombre les presentó a los suyos su nueva novia, y a estos Ramona no les hizo ninguna gracia, principalmente a su madre.

Ramona es una mujer que habla por los codos, cree tener siempre la razón, que corrige a todo el mundo en sus formas de hablar, manipuladora hasta decir basta, tóxica irremediable, terriblemente egocéntrica, viciosa, lasciva, morbosa, celosa y muy mal intencionada.

La familia de aquel hombre la calaron enseguida y le advirtieron de los problemas que le podría traer. Por espíritu de contradicción él pidió en matrimonio a Ramona.

Pero su familia, que manejaban los hilos de la empresa en la que trabajaba lo destinaron a Madagascar, para mantenerlo lejos de ella.

Él, en un principio pensó en llevarla consigo.

Pero finalmente y por muchos temas diversos, ella se quedó en España a esperarlo para contraer matrimonio.

Se hablaban por teléfono y se escribían cartas y correos electrónicos.

Pero la distancia hace mella en las relaciones personales.

Meses más tarde se enteró por parte de un amigo que aquel hombre andaba con unas y con otras por Madagascar, lo cual la hirió en la autoestima, ya que creía tenerlo bajo control.

De todos modos no tenía intención de dejarlo porque era muy rico y su familia aún más. Por lo que a pesar de saber que le era totalmente infiel hizo como si no supiese nada y siguió con su vida.

Evidentemente aquello la cargaba de dolor y remordimiento, furia e ira emocional, además de lo que arrastraba desde hacía años, que la hacía aún más cruel, pérfida y dañina.

Fue en aquel entonces cuando conoció a Estela.

La conoció saliendo de fiesta. Ambas fornicaban con desconocidos en el baño masculino de un antro y al acabar compartieron las toallitas húmedas que tenía Estela en el bolso para limpiarse.

Se hicieron muy amigas.

Como Estela tenía muchas cosas en común con ella y venía de familia bien, Ramona pensó que le interesaba su amistad ya que podría aprovecharse de ella.

Estela le abrió su corazón, ya que a pesar de ser una gran manipuladora, Ramona lo era aún más y supo ganársela con medias verdades y mentiras.

Supo engatusarla bien.

En pocos meses, cualquier cosa que dijera Ramona, para Estela iba a misa.

Evidentemente Ramona sólo miraba por sus propios intereses, no por los de Estela aunque ella creyera que lo hacía de corazón por ayudarla.

Lo que no sabía Estela es que Ramona no tenía corazón. Eso sí, lo disimulaba muy bien.

Y fue así como consiguió tenerla como si fuera su títere particular. Mientras Estela lidiaba con sus complejos, problemas mentales, su inmadurez emocional y sus ardientes deseos de sexo, Ramona, siempre que lo consideraba, hacía lo que quería con ella.

Fue así como en un momento dado, al poco de que Estela conociera a Álvaro, Ramona la convenció de que dejara a su novio, aquel buen hombre de Argentina y que probara de acostarse nuevamente con otros.

Estela obedeció como si de una orden se tratara sin percatarse de la profunda manipulación a la que estaba sometida.

Ramona llegó a hacer varios conjuros para amarrar a Estela a ella y que esta le hiciera caso.

Uno de estos consistía en que ambas llevaran tres pulseras idénticas en la misma muñeca, supuestamente pulseras de protección, pero que en realidad, eran un arma de control por parte de Ramona.

Estela era verdugo, pero también víctima.

Ramona la obligaba a contarle todas sus cosas, incluso las más íntimas llegando a saber

todo sobre Estela, lo cual la permitía poder manipularla mucho mejor.

Esta se lo decía todo encantada pensando que ella era su mejor amiga, guía espiritual y persona protectora.

Por desgracia para ella Ramona sí era su amiga por un lado, pero también su peor enemiga y persona celosa de todo lo que Estela tenía y representaba.

Por lo tanto entre ellas tenían una de las amistades más tóxicas, dependientes y corrompidas que alguien pudiera llegar a vivir.

18. Adiós Estela.

Las últimas palabras de Don Álvaro en su diario fueron escritas tras varias semanas sin escribir nada. Estas eran una carta de despedida en toda regla del 18 de Marzo del 2003. Una carta que quiero que ustedes conozcan.

A quien lea estas líneas:

Las últimas semanas las he pasado bebiendo y me siento débil y destruido.

Siento como si en cualquier momento mi vida pudiera desprenderse del mundo físico y desaparecer.

No creo que a nadie le interese esto, pero si hay alguien en algún momento que lo lee, quiero que mis diarios se los quede mi querido amigo Ángel Sandoval y le haga llegar una carta a Estela explicándole lo mucho que ha significado para mí.

Me enamoré como nadie debería hacerlo. Lo reconozco. Además me enamoré de la persona equivocada.

Cuando uno entrega tanto porque cree que va a ser correspondido corre el riesgo de que esto no ocurra. Corre el riesgo de que todo salga mal.

Pero eso es algo en lo que uno nunca piensa.

Por eso dicen que el amor es ciego, porque te pone una venda en los ojos y si te dejas llevar por la persona equivocada estás perdido.

El 25 de Enero del presente año perdí a uno de los amores más grandes de mi vida. Una mujer que llegó a serlo todo para mí.

Estela Mendoza Pez. Que apareció en mi vida y me la arruinó.

Nuestra relación fue muy bonita. Nos compenetrábamos a la perfección. Parecía querer lo mismo que yo y buscar lo mismo que yo. Daba la impresión que había venido para quedarse y hacer de mi existencia un lugar mejor.

Es cierto que a la largo de mi vida he tenido éxito, pero también es cierto que no lo he tenido nada fácil.

Ella me planteaba un futuro mucho más dulce y en la intimidad de nuestro lecho me hizo sentir que podríamos estar mucho tiempo juntos.

Me lo creí.

Debí hacer caso a mis colaboradores y amigos.

Debí escuchar a aquellos que me advirtieron de ella. Que no es buena. Que es una oportunista y cuando se canse lo tirará todo por la borda y se irá. Pero yo no escuché y así fue. Lo tiró todo por la borda y se fue.

Me dijo que quería ser actriz de teatro y la contraté. Me ayudó en muchas facetas de mi obra.

También me dio muchos problemas. Me hizo despedir actrices y enfrentarme a mis amigos y colaboradores. Hizo que la pusiera de primera actriz y a cargo de las finanzas del teatro. Según ella quería ayudarme a que no se me hiciera tan pesado. Y así lo hice. La dejé a cargo de cosas que debería haber hecho yo.

Ahora lo he perdido... TODO.

Quiero creer que, al menos, por un momento, su amor fue sincero. Quiero creer que me quiso de verdad, aunque sólo fuera por un instante. Aunque después de ver lo ocurrido lo cierto es que todo apunta a que ... NO.

El 25 de Enero fue el último día que la vi. Llevaba varias semanas un tanto extraña, me ocultaba cosas. Mejor dicho, comencé a notar que me ocultaba cosas, porque en realidad siempre me las ocultó.

Una mujer con dos caras.

Y es que desde el día que me presentó a su amiga Ramona la cosa comenzó a cambiar. Lo noté yo mismo. Aquella mujer, Ramona, ocultaba algo. Lo cierto es que me dio mala espina.

Vino una noche al teatro y nos vio actuar. Entre bambalinas, tras finalizar la función charlamos y bebimos animadamente. Noté en su sonrisa, viéndonos interactuar entre nosotros a Estela y a mí, la envidia y el odio más agresivo teñido de rosa.

No le quise dar importancia pero se me quedó grabada en la memoria aquella sonrisa falsa con fondo maquiavélico.

Ramona introdujo a Estela en la magia. Esta comenzó a hacer la ouija, a invocar espíritus para saber cómo nos iban a ir las cosas, usaba el péndulo para la toma de decisiones importantes y se dejaba guiar por las cartas del tarot para prácticamente cualquier cosa.

Su obsesión fue tal que incluso quería comprarme a mí una baraja de cartas para que las consultara.

Yo le recomendé desde el principio que no se creyera todo lo que aquellos medios le decían. A mí especialmente no me gustaban y traté de hacerla entender que lo único que marca nuestro destino, en gran medida, son nuestras acciones.

Pero ella no me escuchaba. Parecía hacer caso a todo lo que Ramona le decía.

La obra fue un éxito. Llenábamos el teatro tres días a la semana y el resto tampoco iban mal. Un prestigioso productor de teatro quiso ponernos dinero para hacer una obra mucho mayor.

Aquello a Estela, por el motivo que fuera no le terminaba de gustar.

Era una oportunidad excelente para crecer en el medio y poder pagar mis deudas contraídas con las adquisiciones del teatro. Aquella era una oportunidad de oro. Me sentía afortunado y más

teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaba con el local y la compañía.

Pero a Estela no le terminaba de gustar. O por lo menos eso me decía.

Lo cierto es que a medida que fuimos preparando los proyectos, la nueva obra, ella se iba volviendo cada vez más extraña y desagradable. Me decía que las cartas le advertían que ese no era el camino, que había hablado con Ramona y esta le había dicho que era mejor seguir por otro lado.

Aquello me molestaba profundamente. Pero era una discusión perdida. Para ella lo que Ramona decía iba a misa. La advertí de que la tenía manipulada, que le había comido la cabeza y se enfadó terriblemente, como nunca la había visto antes.

Esa fue nuestra única discusión. Sorprendido me di cuenta que teníamos un problema con eso.

El 23 de enero tuvimos una reunión muy bonita con amigos, colaboradores y socios. Ella estaba preciosa pero extraña. Con la mirada perdida. El día anterior íbamos a ir a visitar un lugar bonito y no quiso. Un día antes había estado el día entero con Ramona.

Yo sabía que aquella mujer le lavaba el cerebro, pero no se le podía mencionar nada sobre ella porque se ponía furiosa. No era consciente de lo que le estaba haciendo.

Después de dos días sin vernos, el 25 de Enero me hizo ir a su domicilio. Me recibió con total frialdad en la puerta de la casa de sus padres y me entregó una serie de documentos. En ellos ponía que el teatro se había vendido y había disuelto la compañía.

Al parecer falsificó mi firma para adquirir poderes y lo vendió todo.

En algunos de nuestros frecuentes encuentros pasionales le había dicho que daría lo que fuese por ella. Al parecer se lo tomó al pie de la letra.

Me dejaba sin casa, sin hogar, sin teatro, ya que este lo era todo para mí.

Me dejaba con una mano delante y otra detrás.

No entendía nada. Entré en estado de shock.

Se despidió fríamente de mí y cerró la puerta.

Desorientado caminé hacia mi coche sin saber muy bien qué es lo que había pasado.

Hablé con mi gestor y con un abogado.

Al parecer era cierto, me lo había arrebatado todo.

Por un momento pensé que mi última carta era la producción de la nueva obra con aquel prestigioso productor de teatro. Pero cuando este se enteró de mi situación y después de todos los problemas que le había ocasionado Estela y que yo la había defendido a capa y espada, me mandó a paseo.

Mi sueño de ser actor, mi teatro, por lo que lo había dado todo, se había disuelto para siempre.

Me quedé sin nada.

Tenía todo el apoyo de mis colaboradores y amigos, pero eso no cambiaba para nada la situación.

Dos días después me llegó una carta y un paquete de Estela.

En el paquete me devolvía buena parte de los regalos que le había hecho a lo largo de nuestra relación. La mayoría de estos eran cosas sin importancia.

Me llamó la atención el ver que las joyas que le regalé, el oro y lo que de verdad tenía algún valor material más allá del simple sentimiento no me lo había devuelto. Supongo que eso se lo quedaría para empeñarlo o algo parecido.

En la carta rompía formalmente nuestra relación de manera personal y profesional.

Finalizaba la carta diciéndome que cuando estuviera preparada se pondría en contacto conmigo para darme una explicación.

Eso nunca ocurrió.

Me vi obligado a irme del teatro. Los primeros días los pasé en casa de Ángel, pero al poco tiempo acabé viviendo en el coche.

No quería incomodar a nadie.

Desesperado recurrí al Savate.

Las primeras semanas entrenaba con obsesión día y noche. No me duchaba. Apenas comía. Sólo quería mitigar de algún modo toda la ansiedad y el mal que me provocaba el haber perdido mi negocio, mi pasión y a mi gran amor.

Estela era mi vida, el pilar en el que me sostenía. Ahora todo había desaparecido. No sólo había desaparecido. Ella había hecho que desapareciese.

Después de un mes esperando su llamada o una carta suya tuve un sueño.

Un dulce sueño.

«Volvía a ser 25 de Enero.

Cogí el coche y en veinte minutos me personifiqué en la puerta de la casa de los padres de Estela.

Todo parecía muy real.

Llamé al timbre y salió a abrirme. Tenía mala cara y llevaba unas gafas de sol graduadas que en ocasiones usaba.

Le entregué una bolsa con unas camisetas suyas que se había dejado en el teatro. Fue entonces cuando me dijo que tenía algo importante que decirme.

Me puse nervioso.

Agarró mi mano. Me dijo que lamentaba su indecisión con respecto a nuestra relación de los últimos meses, que lamentaba también si había estado algo extraña aquellos días. Dijo que quería formalizar lo nuestro.

Aquel día hicimos el amor con más pasión de la habitual y a los pocos días nos fuimos a vivir juntos.

Un mes más tarde firmábamos contrato de trabajo con aquel productor de teatro, que nos había hecho una excelente oferta, y fue así como comenzamos a ganarnos bien la vida dedicándonos a nuestra profesión.

Nos compramos un piso en una bonita zona al norte de la capital y allí comenzamos nuestra vida

en común.

Éramos muy felices. Nos teníamos mutuamente y con aquello era más que suficiente.

Estela se llevaba muy bien con mi hijo y este también la quería mucho.

Después de los tres primeros años de convivencia decidimos casarnos y celebramos una boda por todo lo alto. De viaje de novios fuimos a Japón.

Seis meses después nació nuestro primer hijo.

Una niña preciosa que se parecía mucho a ella.

Durante el tiempo de lactancia ella se quedó en casa y yo seguí trabajando y creciendo en muchos aspectos. Contratamos una niñera y en cuanto ella pudo volvió al trabajo también.

Nuestro trabajo en el teatro era nuestra pasión y nos llenaba en muchos aspectos.

Me sentía feliz y pleno a su lado. La miraba a la cara y daba gracias a Dios por tenerla conmigo. Era tan bonita, tan increíble tenerla cerca.

Yo la adoraba. Su olor, su sabor, su piel. Su carácter. Tan tierna, tan delicada, alguien a quien tenía que proteger.

Desnudos en la cama. Haciendo el amor la miraba a los ojos, unos ojos almendrados en los que me veía reflejado. Unos ojos que me miraban con admiración y deseo.

Ella era mi motor. Aquello que me hacía querer ser mejor persona y mejor en mi profesión. Ella siempre sacaba lo mejor de mí.

Mi corazón estaba colmado de felicidad.

Todo lo contrario a mis años verdes en los que pugnaba por tener algo que valiera la pena. Cuando la niña cumplió los dos años tuvimos otro hijo. Un varón. Y ya teníamos la parejita que tantos matrimonios buscan.

Conseguimos cierto reconocimiento en nuestra profesión. Había quienes nos admiraban de verdad.

Nosotros siempre trabajamos desde la humildad y el buen hacer por alcanzar nuestros objetivos. A veces trabajábamos juntos y otras cada cual por su lado.

Pero siempre había un momento al día en el que nos reuníamos y nos contábamos nuestras cosas.

Aquello hacía cohesión y ese vínculo nunca cambió.

Los años pasaban. Las estaciones se sucedían y un buen día ya tenía casado a mi hijo mayor con una chica coreana y a los otros dos en la veintena.

El rostro de mi amada había envejecido al igual que el mío. Ahora los dos peinábamos canas y nuestros rostros no eran ni de lejos el rostro de aquellos que se conocieron un buen día.

Pero yo siempre, cuando la miraba y me sonreía, veía a aquella treintañera que un buen día de mayo conocí.

La vida puede ser un suspiro.

Quizás no todo fue bueno, pero supimos salir adelante en nuestra relación.

Ninguno de los dos se rindió jamás. Incluso en los momentos difíciles seguimos estando juntos y apoyándonos mutuamente.

La vida. Nuestras vidas.

Siempre supimos cómo llevarlas a cabo.

La pasión nunca nos faltó. Siempre la amé.

Nuestros hijos se hicieron mayores, se casaron y nos dieron nietos.

La vida nos iba colocando poco a poco en diferentes roles a medida que madurábamos.

Dulcemente fuimos avanzando hasta llegar a la vejez.

El destino me permitió incluso conocer a un bisnieto por parte de mi hijo el mayor.

Postrado en la cama. Cuando estaba a punto de expirar y mi hijo el pequeño, ya con cuarenta y dos años, tomaba nota del presente texto junto a su hermana y mi otro hijo.

Mi amor no tenía cuerpo de verme así. Aún y con todo, acabó acostándose conmigo, cogiéndome de la mano y acompañándome hasta que iniciara mi viaje a un lugar en el que todavía no me iba a acompañar».

Cuando desperté de ese sueño fue como si despertase en un infierno y una profunda tristeza se apoderó de mí.

Ya no tenía ganas de entrenar. No tenía ganas de nada. Solo pensaba en ella, en el día que me escribiera o me llamara. En volverla a ver. En estar con ella. En volver a compartir una vida.

Mientras ese momento llegaba y para que todo me pasara más rápido empecé a beber durante todo el día.

No suelo beber, nunca lo hice, pero ahora ante tanta desesperación, la pérdida de mi negocio, de todo lo que tenía, del productor teatral y el amor de mi vida, mi mente no me dejaba en paz y bebiendo conseguía mitigar ese dolor. Bebiendo, aunque fuera dentro de la pena y la ironía, conseguía sonreír.

Tras más de una semana alcoholizado y viviendo en mi coche volví a soñar.

«Aparqué mi humilde coche en una zona reservada para vehículos y andando de madrugada comencé a hacer una marcha a pie hasta la cumbre de una montaña.

Caminé durante horas. Sentía frío en pies y manos. La boca y la nariz las tenía heladas.

Gracias a un grueso gorro de lana que llevaba puesto no se me congelaron las orejas.

Llegué a la cumbre al alba.

Quedaban minutos para que amaneciera.

Contemplé por un momento el hermoso paisaje.

Quería sonreír, pero era incapaz.

Me quité el gorro y el abrigo. Por un momento me apresuré con los preparativos.

Quería llevar a cabo aquello que tenía pensado en el momento adecuado.

Cada vez había más claridad.

Sentía mariposas en el estómago de los nervios y la ansiedad.
Una parte de mí no quería hacerlo. La otra estaba determinada.
Ya no me quedaba nada en esta tierra que valiera la pena. Lo había perdido todo.
Mi mente estaba en paz sabiendo que lo único que me esperaba era reunirme en el más allá con mis antepasados.
La claridad aumentaba. El sol estaba a punto de salir.
Me arrodillé en el frío y húmedo suelo, contemplando un precioso valle. El cielo estaba limpio de nubes.
Me abrí la camisa y el pantalón.
De una pequeña mochila que llevaba saqué un cuchillo de veinte centímetros de hoja afilado como un bisturí y lo coloqué delante de mi cuerpo.
Agarré el frío acero por la empuñadura.
El sol estaba a punto de asomar.
Coloqué la punta del cuchillo contra la suave piel de mi abdomen.
Tenía la respiración alterada. Todo en mí eran nervios e incertidumbre.
De repente, los primeros rayos del sol hicieron acto de presencia y me iluminaron como si fuera Dios señalándome con un dedo.
Cogí aire y sin pensar, con toda mi fuerza me clavé el cuchillo en el vientre.
La sangre comenzó a manar de mi cuerpo. El frío hacía de anestésico de tal manera que por un momento no sentí gran cosa.
Giré el arma dentro de mi cuerpo y tiré con fuerza hacia el lado opuesto de mi vientre. De repente un potentísimo calor se apoderó de mí.
Del cuerpo me manaba sangre a chorros por la inmensa herida provocada con aquel filo.
Las vísceras asomaban y todo mi ser se estremecía en un dolor eléctrico absoluto.
De repente grité con fuerza al tiempo que vomitaba una bocanada de sangre oscura. Todo el valle se estremeció.
Saqué el cuchillo sintiéndome débil pero aún capaz y me lo clavé en la carótida.
No sentí dolor, solo un golpe. Al retirarlo la sangre comenzó a manar a chorros y tuve una curiosa sensación de liberación.
Caí de frente y quedé en el suelo de lado. Mi cuerpo moría y mi espíritu se liberaba.
Me sentía marchitar a gran velocidad.
Pensé que eso era lo que sentía la gente al envejecer, pero en un instante.
Mis ojos se cerraban, me costaba respirar. Todo mi cuerpo fallaba.

De repente, con la mirada inerte me pareció ver al fondo del valle a una mujer llamándome con la mano. Por fin una sonrisa se dibujó en mi rostro.

Estela estaba ahí y había venido para hablar conmigo. Pero yo moría y no me podría reunir con ella.

Pensé que al marcharme de esta tierra el tiempo que ella tardase en envejecer y morir podría ser para mí tan breve como un suspiro. Me marchaba, sí, pero en breve podría estar con ella en el más allá. Una sonrisa se dibujó en mi rostro y mientras pensaba que la estaría esperando expiré».

Desperté atormentado. Fue entonces que descubrí que Estela nunca más me escribiría. No la volvería a ver. Había desaparecido de mi vida para siempre.

Me había arruinado, me había destrozado el corazón y me había abandonado.

Ahora entiendo lo que les ocurrió a algunos de sus ex novios.

Ellos también creyeron su mentira y lo pagaron caro.

Una mujer que actúa sistemáticamente de la misma manera.

Fría y calculadora, destructiva y cínica hasta la saciedad. Con dos caras, como una moneda trucada.

Sinceramente, después de todo lo ocurrido ya no me quedan más ganas de vivir.

Todo se me hace cuesta arriba.

Ángel me pedía que volviera a su casa mientras que no tuviera otro lugar dónde ir, que pensara en mi hijo y en todo lo que se supone que me queda por vivir.

Pero ya no me quedaba nada por hacer. No me quedaba más por vivir.

Lo único que quiero es que mi cabeza deje de pensar en ella.

19. Radiografía de Estela.

En este texto quiero darles mi opinión acerca de Estela en base a lo que me han contado, lo que he visto y vivido con ella y a lo leído en el diario de Álvaro.

Si no lo quieren leer y prefieren pasar de este texto lo comprenderé y lo respetaré.

Pero considero importante que lo valoren porque como yo la veo es como la ve buena parte de la gente que la conoce.

Estela es una mujer que se encuentra en una edad que cualquiera de otra época diría que «se va a quedar para vestir santos».

Vive con ustedes, sus padres, y también de ustedes ya que no trabajaba hasta entrar en el teatro. De todos modos lo que ganaba, sobretodo al principio, no le daba para vivir, por lo que seguía recibiendo ayuda económica de sus progenitores, ustedes.

En los tiempos que corren que cada vez está más cara la vivienda, seguir en casa de los padres como un niño pequeño puede resultar cómodo hasta cierto punto, aunque lo cierto es que todos llegados a cierta edad tenemos tendencia a emanciparnos aunque sea por vergüenza. Pero Estela de vergüenza tiene más bien poca.

Con todo mi respeto pero resulta ser un parásito que se aprovechaba de todo aquel al que se acercaba, como hizo con Álvaro y sé que no era el primero al que se lo hacía.

En apariencia resulta ser una mujer educada, cariñosa y cercana. Vestida de manera correcta, pero todo en ella es apariencia.

Tiene diferentes trastornos mentales que la hacen insoportable a todo aquel que la conoce bien.

Su inmadurez emocional la lleva muchas veces a tener indecisión y conflictos con sus parejas haciéndoles sufrir.

Egoísta hasta la décima potencia, aunque trata de aparentar lo contrario, lo cierto es que cuando la conoces te sorprende lo interesada, egocéntrica y egoísta que llega a ser.

Tiene la conciencia corrompida hasta el punto que normalmente jamás es capaz de conciliar el sueño de una manera correcta. Y todos sabemos que eso sólo les ocurre a las personas que tienen muchos remordimientos y cargos de conciencia.

Su mente está corrompida también con pensamientos lascivos durante todo el día.

Cuando no tiene pareja busca apaciguar su ansiedad habitual teniendo sexo con cualquiera.

Es vulgar y suele copular con extraños a pelo, lo que la degradaba todavía más y aumentaba el riesgo de enfermedades de transmisión sexual.

Piensa en el sexo todo el día y todos los días a todas horas. Su cuerpo es capaz de saciarse, pero su mente putrefacta no. Por lo que fantasea con cosas de lo más depravadas y se junta con degenerados de la peor calaña.

Su aspecto no es malo. De cara bonita hasta que empezó a hacerse infiltraciones de bótox o similar y «tratamientos de belleza» que le empezaron a deformar la cara y hacerla parecer más mayor de lo que es. Tiene un físico normal salvo por la cintura.

Tiene una peculiar barriga, como si estuviera embarazada de cinco meses, que es incapaz de quitarse. Eso por no hablar del estreñimiento crónico, problemas estomacales y de digestión relacionados estrechamente con sus problemas mentales a causa de los remordimientos que padece, del mal que suele producir en los demás

También tiene problemas hormonales y relacionados con el periodo, quistes en los ovarios, posiblemente con una matriz tan corrompida como su mente por lo que es posible que jamás pueda engendrar vida.

También tiene problemas de espalda.

Es como si toda aquella energía negativa que suele mover a su alrededor la fuera consumiendo poco a poco, lentamente a causa de sus malas decisiones.

Curiosamente es incapaz, o eso dice, de darse cuenta de todo el mal que causa.

Se victimiza y deforma la realidad a su interés culpando siempre a los demás de todo lo que le pasa. Lanzando balones fuera. Deportivamente.

Suele coquetear con temas esotéricos y había coqueteado con drogas y otras cosas. Se jacta

de probarlo todo y es que lo único que tiene claro es que no tiene nada claro.

Lo que le hizo a la compañía de teatro no tiene nombre. Primero inició una relación sentimental con Álvaro. Una vez conseguido este objetivo prácticamente se puso al frente de la compañía tomando decisiones que no le correspondían y de las que tampoco tenía la capacidad de afrontar.

Después de manejar todo a su antojo, más o menos, harta del mundo del espectáculo vendió el teatro de Álvaro como si fuera suyo quedándose el dinero, deshaciendo la compañía de teatro, arruinando los nuevos proyectos que preparábamos para la siguiente temporada y marchándose sin decir nada como una cobarde.

Dejando a Álvaro con un montón de deudas.

Como la fracasada, estafadora e incompetente que es.

Una mujer que ofrece su cuerpo a cualquiera y se mueve solamente por el interés. Sin principios, sin moral, sin escrúpulos, sin conciencia, sin talento, sin, como ella misma.

Aún así en su delirio se cree capaz de cualquier cosa y la mejor en muchas materias. Se piensa que siendo cercana y ofreciéndose a hacer favores sexuales va a seguir trepando y conseguir antes sus objetivos, pero la gente ya la tiene calada. El mundo del teatro es muy pequeño y nos conocemos todos. Ella misma ha firmado su sentencia.

Aparte de que ya es demasiado mayor para muchas de las cosas que supuestamente quiere hacer y además, la mayoría prefieren a actrices más jóvenes, humildes y sin tantos intereses y motivaciones ocultas.

Una mujer rastrera y despreciable que causa vergüenza y degrada con su conducta al sexo femenino.

Una mujer que lo mejor que se puede hacer es mantenerse lo más lejos posible de ella.

20. Adiós amigo.

En la mañana del 7 de abril del 2003 me llamaron a casa.

Era la guardia civil. Habían encontrado el cuerpo sin vida de Álvaro. Cuando me lo dijeron me quedé helado.

Mi mujer, que dormía a mi lado, se despertó y por mi rostro supo que Álvaro había muerto.

Me vestí como pude, cogí un taxi ya que me sentía incapaz de conducir, y fui al depósito de cadáveres.

Una vez allí reconocí su cuerpo.

Álvaro estaba frío y demacrado, pero parecía dormido.

Todavía no me terminaba de creer que estuviera muerto.

Me contaron que lo encontraron en lo alto de una montaña, al final de una ruta de senderismo, donde unos excursionistas se habían tropezado con él.

Su cuerpo tenía una profunda herida en el bajo vientre con evisceración. Lo encontraron sobre un charco de sangre.

El cadáver también tenía varios cortes en el cuello.

Por lo que me contaron en el tanatorio, al parecer, después de abrirse el vientre intentó sin éxito cortarse la carótida.

Tardó en morir y sufrió mucho hasta ese momento.

Una agónica muerte auto infligida para mitigar el dolor del corazón.

Decidió quitarse la vida como un valiente, sin temer al dolor, como lo hubiera hecho un antiguo guerrero. Como un samurái.

Allí presente, ante el cadáver de mi mejor amigo no pude evitar derrumbarme. Me mareé y caí al suelo. Rompí a llorar como un niño.

Era como un hermano, con quien más cosas había compartido.

Un hombre que me transmitía respeto y admiración.

Un ejemplo a seguir. Y ahí estaba, muerto, como cualquier hijo de vecino.

No somos nada. Vivimos de prestado.

Volví a casa deshecho y lloré toda la noche.

Al día siguiente fue el funeral.

Vinieron muchos amigos, familiares, sus padres ya ancianos, su ex mujer y su hijo.

El niño, de once años lloraba y gritaba, decía que vengaría la muerte de su padre, que buscaría a Estela y la mataría. Lo decía a gritos.

Él la había conocido en persona y jamás hubiera imaginado que aquella mujer, en apariencia buena y entrañable, provocaría que su padre llegase a hacerse esto.

Su dolor hacía aún más difícil todo aquello.

Estela no se dignó a venir. Ni siquiera dijo nada, ni un mensaje de condolencias.

Lo cierto es que todos la odiamos profundamente por ello.

Había arruinado a un hombre que se deslomó por alcanzar sus objetivos y le hizo tanto daño emocional que lo llevó a la muerte. Eso me hizo recordar la historia china que habla de una mujer que era tan bella que provocaba guerras y acababa con imperios y naciones. Ella no era tan bella, pero había destruido a un hombre que estaba levantando con su esfuerzo un pequeño imperio.

Estela nos había robado a todos algo importante: un ex marido, un padre, un hijo, un jefe, un compañero de fatigas, un amigo, un hermano...

Celebramos la santa misa y enterramos los restos sin vida de Álvaro.

Después reunidos en mi casa sólo los más cercanos, conversamos sobre él y sobre lo sucedido.

Conversamos añorándolo.

Su pérdida es irreparable. Incluso el productor de teatro que nos iba a financiar y que a causa de Estela nos dejó tirados, al saber de su muerte se presentó en el entierro.

Fue un hombre carismático y bueno que a pesar de sus defectos nunca le hizo daño a nadie.

Siempre buscó la manera de ayudar a los demás y trabajó duro para alcanzar sus sueños.

Un soñador, un guerrero, un hombre que amaba y cuidaba de los suyos.

Todo un ejemplo a seguir.

Varios de los allí presentes hablaron de denunciar a Estela, de hacer algo como venganza contra ella.

Yo fui el primero que alzó la voz en contra. A pesar de todo Álvaro siempre la amó. Aquello era impredecible e incontrolable. Simplemente el destino había decidido que así fuera.

Personalmente estoy seguro que Álvaro, a pesar de todo, no le desearía mal. La quiso con todo su corazón y todos en la compañía de teatro, sus amigos y familiares fuimos testigos de ello.

Cuando alguien hace mal intencionado a otra persona que sólo quiere lo mejor para tí la vida te lo hace pagar.

Les recordé a todos un viejo proverbio japonés que dice:

«Si esperas en la orilla del río, tarde o temprano verás pasar el cadáver de tu enemigo».

Ella misma será su propio verdugo.

Dicho esto, no la deseo ningún mal.

Nada en esta vida me devolverá a mi amigo, que seguirá viviendo en los corazones de la gente que lo quisimos y lo valoramos.

Todos sabemos que ahora desde el cielo tenemos un ángel velando por nosotros.

21. Carta de José Ataulfo Mendoza.

Señor Ángel Sandoval.

Me dirijo a usted como padre que soy de Estela y en nombre de mi familia y a pesar de que ellos no querían que le contestase así lo hago.

Hemos recibido su paquete con el extensísimo documento en papel hablando sobre lo acontecido entre nuestra hija Estela y el señor Álvaro.

Sus explicaciones acerca de ella y los fragmentos de diario con temas íntimos de nuestra hija explicados de forma explícita.

No tengo palabras para demostrar la repugnancia que todo esto ocasiona tanto a mi señora, mi hijo, como a mí.

Su discurso criminaliza la imagen de nuestra Estela y victimiza la imagen de un hombre al que hemos conocido y, a pesar de que nos ha dado en un principio buena impresión, realmente no lo

conocemos hasta el punto de poder afirmar nada bueno de él.

Lo cierto es que al romper su relación nuestra hija entró en un estado de depresión continua.

Estuvo varios meses encerrada en casa llorando.

Después se mudó al extranjero, donde tenemos entendido vivió alocadamente con unas amigas y cuando volvió lo hizo enferma.

Estuvo de nuevo en casa completamente paranoica.

Por las noches no podía dormir.

Decía que una sombra se encontraba allí donde ella descansaba y la observaba desde cerca, en ocasiones cara a cara. A pesar de que no podía ver su rostro afirmaba que era el fantasma del señor Álvaro.

Maldecía por casa y dormitaba de día. Se volvió uraña y ofuscada trató de encontrar sentido a todo lo que le estaba pasando a través del esoterismo y la brujería.

La cosa empeoró cuando su mejor amiga la dejó de lado para no verse implicada en nada de aquello.

Finalmente y para nuestra desgracia hace dos semanas la hayamos muerta en el baño con una sobredosis de calmantes.

Supongo que la noticia le alegrará a usted y los suyos.

Lo cierto es que a nosotros nos trae sin cuidado su opinión.

Por eso le devuelvo su manuscrito. Haga con él lo que le apetezca.

Nosotros no queremos saber nada.

Como comprenderá era nuestra hija y jamás le perdonaremos al señor Álvaro, por muy muerto que esté, su relación con ella, ya que esta desencadenó la muerte de nuestra pequeña y eso nada ni nadie nos la va a devolver.

Madrid, 24 de Noviembre del 2003.

Esta es una historia de FICCIÓN que nada tiene que ver con la realidad.

Los personajes y situaciones son fruto de la mente del autor.

NADA de lo que han leído en esta obra ocurrió de verdad.

<u>DEDICATORIA.....</u>	<u>5</u>
<u>Índice.....</u>	<u>7</u>
<u>1. Carta a la familia Mendoza Pez.....</u>	<u>9</u>
<u>2. ÁLVARO.....</u>	<u>11</u>
<u>3. En casa de Karen.....</u>	<u>15</u>
<u>4. Tatuajes.</u>	<u>21</u>
<u>5. Un día agradable.....</u>	<u>27</u>
<u>6. ESTELA.....</u>	<u>33</u>
<u>7. Álvaro y Estela.....</u>	<u>39</u>
<u>8. La mirada de 2.000 rabos.....</u>	<u>43</u>
<u>9. Un sueño caliente.....</u>	<u>47</u>
<u>10. Encuentro pasional.....</u>	<u>51</u>
<u>11. Recuerdos de un amanecer.....</u>	<u>55</u>
<u>12. Una noche de hotel.....</u>	<u>59</u>
<u>13. Noche en el parador.....</u>	<u>65</u>
<u>14. Sexo en la casa de sus padres.....</u>	<u>69</u>

<u>15. En el teatro.....</u>	<u>73</u>
<u>16. En su cama de la niñez.....</u>	<u>77</u>
<u>17. Ramona la bruja.....</u>	<u>81</u>
<u>18. Adiós Estela.....</u>	<u>87</u>
<u>19. Radiografía de Estela.....</u>	<u>101</u>
<u>20. Adiós amigo.....</u>	<u>105</u>
<u>21. Carta de José Ataulfo Mendoza....</u>	<u>109</u>